
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Ada Coretti
GANE 1 MILLON DE PESETAS
SANATORIO DE HORRORES


SELECCION
TERROR

ADA CORETTI

SANATORIO DE HORRORES

Colección SELECCION TERROR n.° 597
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA·— BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTA MISMA AUTORA EN LAS COLECCIONES DE EDITORIAL BRUGUERA, S. A. QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Selección Terror

ISBN 84 02 02506 4 Depósito legal: B. 35.772 1984

Impreso en España Printed ¡n Spain

1.ª edición en España: diciembre. 1984
1.ª edición en América: junio. 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

El director del *News of the Day* le había dado instrucciones bien concretas.

—Vaya a Woottlan, visite el sanatorio psiquiátrico y escríbame unos buenos artículos de esos tres locos...

Loretta era joven, dinámica, y desde luego una buena periodista. Así que se limitó a asentir. Y ya se encontraba, al volante de su coche de segunda mano, camino de la localidad de Woottlan. Mejor dicho, estaba llegando ya.

La niebla había empezado a espesarse y los contornos se difuminaban. La pérdida de visibilidad, pues, obligaba a ir más despacio, a tomar precauciones.

La muchacha iba pensando en Reginald, en Nicholas y en Max, en esos tres sujetos a los que se había referido el director de su periódico. Sujetos que, bien mirado, quizá no tuvieran tan perturbadas sus facultades mentales como pudo llegar a suponerse.

Dos años atrás se escaparon del manicomio en que se hallaban internos. Al ser encontrados unas semanas después, fueron, claro está, ingresados de nuevo en un centro apropiado. Sin embargo, en el transcurso de esas semanas habían organizado un golpe. Entraron en la mansión de lord Kerrington, en Londres, y abrieron su caja fuerte, desvalijándola. Se llevaron joyas por valor de quinientas mil libras.

Dieron con ellos, si, pero no con las joyas, y por más preguntas que se les hizo ninguno dijo nada que pudiera llevar al hallazgo de las mismas. Todas las respuestas fueron confusas, desatinadas e incoherentes. Pero la víctima del robo, lord Kerrington, insistía en que el método usado para entrar en su mansión y todo aquel plan tan bien urdido, tan perfectamente tramado, no podía en modo alguno adjudicarse a unas mentes perturbadas.

Loretta vio aparecer una pequeña gasolinera, y un bar restaurante, y algo más allá un motel, cuando dejó atrás aquella pronunciada curva de la carretera.

No se hubiera detenido, pero se decidió a hacerlo al divisar sobre una suave colina el edificio que estaba buscando, el sanatorio psiquiátrico.

Pararía ante el motel y alquilaría uno de aquellos alojamientos. ¿A qué llegar hasta Woottlan si tenía allí todo lo que iba a poder

necesitar en los tres o cuatro días, como máximo, que se prolongaría su estancia en aquel lugar?

Reparó en un deteriorado pozo, en medio de un terreno plagado de matorrales, y observó asimismo un cobertizo que estaba cayéndose de puro viejo y abandonado.

No le pasó por alto la abundancia de arbustos que había en la colina donde se alzaba el sanatorio psiquiátrico, un edificio rodeado de una alta tapia. Lo suficientemente alta como para que nadie pudiera escapar de su recinto.

Loretta detuvo el coche: ya estaba frente al motel. Seguidamente cogió un amplio bolso de lona y se apeó. Luego cerró la portezuela y se dirigió, con pasos airosos, decididos, al mostrador de recepción, donde se hallaba un hombre alto y delgado, de mirada helada.

—Tengo libre la diez —indicó lacónico.

—De acuerdo —contestó ella.

—Se paga por adelantado. —Cuando recibió el dinero, se limitó a añadir—: Aquí tiene la llave.

Loretta se dirigió hacia la habitación asignada, diciéndose que aquel hombre tenía muy poco de amable, pero no hizo demasiado caso de este pormenor. Estaba acostumbrada a encontrarse con toda clase de tipos.

Se levantó las solapas del jersey; la humedad se calaba hasta los huesos. Era de color beige, de lana muy gruesa y muy largo. Bajo él asomaban los pantalones oscuros.

Ya ante la puerta número diez, metió la llave en la cerradura y entró. Echó una ojeada. Estaba aceptable.

Dejó el bolso de lona encima de la cama y sacó sus pertenencias, si bien sólo las indispensables para unos pocos días. Sacó también otro bolso, este pequeño.

Tras asegurarse de que allí dentro seguía el billetero y la documentación, decidió ir al bar restaurante a tomar algo. Sentía vacío el estómago.

Pero ¿por qué había mirado de aquel modo tan receloso si el billetero y la documentación seguían en su sitio? Sinceramente, desde que estuvo junto al mostrador de recepción, ante aquel hombre alto y delgado, de mirada helada, tenía la sensación de que algo no marchaba bien.

Con la correa del pequeño bolso colgada del hombro, salió de allí unos pocos minutos después. Y fue al pasar ante la puerta en que se hallaba colocado el número seis, cuando vio que ésta estaba entreabierta. Además, oyó como un lamento, como un jadeo. Como si alguien no se encontrara bien.

Loretta se detuvo.

Alguien, más allá, abría la puerta número catorce. Era un hombre con una americana a cuadros, con una expresión rara, muy rara. Por lo menos a la muchacha se lo pareció así.

El hombre la miró, hizo que a sus labios asomara un ensayo de sonrisa y se levantó las solapas de su americana. Por lo visto la humedad también se les metía dentro a los demás.

Loretta volvió a oír un lamento, un nuevo jadeo, y se decidió, ya que la puerta estaba entreabierta, a entrar. Quizá el ocupante de ese alojamiento estaba necesitando alguna ayuda.

Ya dentro, miró a su alrededor. No vio a nadie. No vio tampoco nada que llamara su atención. Sin embargo, allí había una copa de vino llena hasta el borde.

Se acercó a la copa, pues lo cierto es que aquel vino le había parecido de un color poco normal. Entonces pudo darse cuenta en seguida de que aquel vino no era tal...

¡Era sangre!

Notó como si un calambre frío, gélido, le recorriera la espina dorsal.

—Sangre... —musitó—. Ni que estuviera aquí Drácula...

Hubiera podido hacer algo, pero optó por no hacer nada y por salir de allí. Pensó que no tenía por qué meterse donde no la llamaban. Aunque la verdad es que se sorprendió un poco a sí misma. Siempre le había encantado fisgonear en los asuntos ajenos.

De cualquier forma, lo cierto es que se retiró como una buena chica, lo que no le

impidió, ya fuera, ya de nuevo entre la niebla cada vez más densa, echar una ojeada a través de los cristales de la ventana de aquel alojamiento, puerta seis. La persiana estaba bajada sólo a medias, así que el interior, o al menos parte del mismo, quedaba a la vista.

Apareció un hombre bajo y gordo. Sin duda había salido del cuarto de aseo. Loretta pudo verle perfectamente. Vio también perfectamente cómo se acercaba al vaso de «vino», cogiéndolo con ambas manos. Los ojos le brillaban de ansia, de sed, de irrefrenable deseo.

Se lo llevó a los labios. Labios gruesos, abultados, que temblaban de pura emoción. Bebió su contenido con gozosa y lenta glotonería, de una sola vez, sin dejar nada.

Incluso, luego, volvió a alzar el vaso por si había quedado algo y se escurría. Se trataba, cabía suponerlo así, de no perderse ni una sola gota de aquel precioso néctar.

Los labios de aquel hombre quedaron teñidos de rojo, y sacó la lengua y se los relamió.

Loretta sintió que se le revolvía el estómago, que le daban ganas de vomitar. ¿Cómo era posible algo tan asqueroso, tan repugnante? Porque sus ojos no le habían engañado. El hombre se había tragado aquel vaso de sangre con toda naturalidad. Incluso parecía haberle sabido a poco.

Loretta se alejó de la ventana antes de que el inquietante individuo la descubriera. En realidad, ¿qué podía ganar metiéndose en líos? Había ido a aquel lugar con una misión bien concreta, que debía llevar a cabo sin perder tiempo en otras cosas. Aunque, claro, le cosquilleaba la curiosidad y se dijo que procuraría no perder de vista a aquel hombre.

Ya empezaba a oscurecer cuando entró en el bar restaurante. Allí, un joven camarero, con una servilleta blanca sobre el hombro, se le acercó para preguntarle qué deseaba. Pero se lo preguntó con una voz tan insegura y vacilante, que Loretta no pudo menos de mirarle con atención y de preguntarse qué era lo que le estaría pasando.

—Un bocadillo de jamón y una cerveza —solicitó la muchacha.

Se decidió a pedir eso, aunque ya no sentía apetito desde que había visto beber aquel vaso de sangre al hombre bajo y gordo.

Aún no le habían servido lo solicitado, cuando Loretta vio entrar en el bar restaurante a una curvilínea mujer. No tendría más de treinta y cinco años y su larga cabellera rubia, como toda ella, llamaba la atención.

Se sentó ante una de las mesas más apartadas, solicitando un café bien cargado.

—Aquí tiene el bocadillo y la cerveza —dijo el joven camarero acabando de servir a Loretta.

Dándose cuenta de que su voz seguía sumamente insegura y vacilante, ella le preguntó:

—¿Pasa algo...?

—No, no —se apresuró a responder—. Claro que no.

El camarero se retiró, mientras la muchacha veía que alguien se había detenido a su lado, junto a su mesa. Levantó la mirada.

Era el hombre que había visto abrir la puerta catorce, el de la expresión rara, el de la

americana a cuadros.

—¿Puedo sentarme a su lado? — le preguntó.

—Hay mesas desocupadas — replicó ella.

—Por favor...

No fue capaz de hacerle un desaire, así que asintió. Por lo demás, en seguida se alegró de haberlo hecho así. El hombre no cesaba de mirar a la mujer de la larga cabellera rubia, demostrando que no era la primera vez que la veía. Y Loretta, de pronto, aunque sin saber exactamente por qué, había presentido que le interesaba la historia de aquella mujer.

—¿La conoce...? —preguntó, viendo que, una vez más, el hombre la miraba.

—Sí —afirmó. Luego se dirigió al joven camarero, solicitando un whisky. Acto seguido añadió—: Los periódicos hablaron de ella...

—¿Sí? — inquirió, curiosa.

—De eso hace ya tiempo.

—No recuerdo.

—Es Sabina Arcand. ¿No le dice nada su nombre?

—¡Oh, sí! —exclamó Loretta, recordando.

—Es la amiguita... bueno, era la amiguita de Reginald... Y Reginald, Nicholas y Max fueron los tres sujetos que robaron las valiosas joyas de lord Kerrington.

—Ya por aquel entonces estaban mal de la cabeza. Se habían escapado de un manicomio, ¿no es eso? —Y la conversación, como es lógico, le estaba interesando sobremanera.

—No creo que estén locos, ni que nunca lo hayan estado —dijo el hombre con todo aplomo—. Ni debe creerlo ella... —concluyó mirando de hurtadillas a Sabina Arcand.

—A la gente no se le mete en un manicomio por estar cuerdo. Supongo que opina lo mismo que yo.

—Sí, claro —reconoció—. De todos modos, a veces intervienen factores diversos—. Quiero decir —bajó la voz como si, a pesar de la distancia existente entre una mesa y la otra, temiera ser oído por la mujer de la larga cabellera rubia—, me refiero a que, de no ir a parar a un manicomio, hubieran acabado en la cárcel condenados a cadena perpetua o quizá en la horca. Hubiera sido peor.

—Insinúa usted que... —quiso que el hombre le dijera todo lo que pensaba.

—Más que insinuar, lo afirmo. Sé de qué va el asunto.

—¿De veras? —Y volvió a quedar pendiente de las palabras del hombre de la americana a cuadros.

—Sí, si... —afirmó una y otra vez—. Se les hizo pasar por locos

para que no fueran, ante la ley, responsables del crimen cometido. Porque los tres habían asesinado, fría, alevosamente... Pero de estar mal de la cabeza, nada, de eso nada... La prueba la tiene en que, así que huyeron del manicomio, organizaron un plan perfecto.

—Tardaron poco en ser recluidos de nuevo —apuntó Loretta.

—Ahora están aquí —le dijo el hombre— en el sanatorio psiquiátrico. ¿Sabe lo que le digo? Se escaparán de nuevo.

—¿Usted cree?

—Sabina Arcand ha llegado, ¿no? —Quiso aclarar el asunto y dijo—: Las joyas

robadas a lord Kerrington no aparecieron, y éste es un dato a considerar, a tener presente.

CAPITULO II

Si Loretta tuvo la sensación de que algo no marchaba bien al estar ante el mostrador de recepción del motel, al hallarse junto a la alta tapia del sanatorio psiquiátrico sintió algo mucho peor: la convicción de que un peligro latente, solapado, traicionero, empezaba a envolverla.

Se dijo que estaba volviéndose muy medrosa, muy asustadiza, lo que ciertamente no encajaba en ella, y tiró de la cadena colocada cerca de la ancha y recia puerta, oyendo cómo sonaba una campanilla.

No tardó en serle franqueada la entrada por un hombre delgado que llevaba un guardapolvo de color caqui. Sin duda era el portero. Le preguntó lo que deseaba.

Loretta le expuso su deseo de hablar con el director del sanatorio, el doctor Freechman. Añadió que era periodista del *News of the Day.*

—Espere un momento —le dijo el hombre delgado, que efectivamente era el portero—. Lo consultaré.

Se alejó.

Loretta se quedó mirando a derecha e izquierda. Una vez franqueada la entrada, lo primero que aparecía era un pequeño y aislado pabellón. Más allá se alzaba el pabellón central. El resto era un patio con aspecto de jardín no demasiado bien cuidado, con unos pocos árboles y bancos de cemento.

—Pase usted — le dijo el

portero, ya de vuelta.

La muchacha no tardó en ser introducida en el pequeño pabellón, y tras subir una escalera, la hicieron pasar al despacho del director, el susodicho doctor Freechman. Este, de unos cuarenta años, con bata blanca, fino, distinguido, se apresuró a ponerse en pie así que la vio entrar. Una amable sonrisa asomó a sus labios.

Loretta puso en conocimiento del doctor Freechman lo que pretendía, esto es, escribir unos artículos sobre Reginald, Nicholas y Max. Pero para eso se hacía inevitable, claro está, que dialogara directamente con ellos. Recalcó la circunstancia.

—Tendría que negarme —respondió el director del centro—. De todos modos, haciendo una excepción, y teniendo en cuenta que esos tres pacientes están considerados en estos momentos como enfermes recuperados...

—Le quedo muy agradecida, doctor Freechman —sonrió la muchacha—. Pero, dígame, ¿qué ha querido decir exactamente

con eso de recuperados? ¿Acaso que ya están curados, que ya han recobrado la cordura?

—No, lamentablemente —contestó el doctor Freechman—. Pero han mejorado y hoy día se les puede calificar de pacíficos, de inofensivos. Aunque no resulta aconsejable fiarse del todo... Bueno —agregó—, mientras habla con ellos, el enfer- mero Morrow permanecerá cerca. De este modo, de suceder algún imprevisto desagradable, podrá intervenir de inmediato.

—Gracias, doctor.

Se abrió la puerta del despacho y aparecieron dos hombres. Ambos con batas blancas. Uno de ellos tenía una fuerte y poderosísima complexión, no mediría menos

de dos metros. El otro tenía una estatura normal, pero destacaba por ser pelirrojo.

—Permítame que le presente... El doctor Welch —dijo indicando al hombre pelirrojo—. El enfermero Morrow —y señaló al gigantón—. Loretta, periodista del *New of the Day.*

—Es un verdadero placer. —Y el doctor Welch miró con admiración a la muchacha.

—Encantada.

EL enfermero Morrow se limitó a hacer una leve inclinación de cabeza.

Cuando ambos supieron lo que Loretta pretendía, no opusieron nada. Cierto que el director del sanatorio era quien daba las órdenes, pero a pesar de eso pudieron objetar algo. No lo hicieron así y Loretta se dijo que el ser joven y guapa proporcionaba a menudo inestimables ventajas.

—Mire, ahora están en el jardín —el doctor Freechman se había acercado a la ventana del despacho, mirando hacia abajo.

—En el ala norte —le hizo saber el doctor Welch— se hallan internados los casos más difíciles, más embarazosos. En el ala oeste, permanecen aquellos cuya mejoría empieza a hacerse ostensible. En el ala este, son ingresados los recién llegados, tas que necesitan un examen para clasificarlos. Es en el ala sur donde están los que se muestran tranquilos, sosegados... Cada ala —hizo constar seguidamente— tiene su respectivo jardín...

Loretta se acercó a la ventana y miró hacia abajo, como había hecho el doctor Freechman. Vio a cuatro hombres paseando lentamente de aquí para allá.

—¿Sólo son cuatro los que pueden catalogarse de pacíficos, de inofensivos? — preguntó.

—Sí —afirmó el enfermero Morrow, hablando por primera vez. Y añadió—: Y son Reginald. Nicholas y Max; ellos precisamente, y un joven llamado Roger Burggan, cuya demencia parece que ha decrecido de forma estimable.

El doctor Freechman consideró que era aquél el momento adecuado para que la muchacha empezara a entrevistarles. Estaban en el jardín, y hacía una mañana relativamente buena, incluso un poco soleada.

—No pierda de vista a nuestra gentil periodista —dijo al enfermero Morrow—, Y si se ve obligado a intervenir, hágalo sin miramientos.

—Sí, doctor.

Loretta pensó que, en el caso de tener miedo, hubiera dejado de tenerlo viéndose protegida por un hombre de la talla del enfermero Morrow. Semejante gigantón, de antemano, ofrecía las

máximas garantías.

Poco después salía del despacho del director, descendía la escalera y era conducida a ese jardín donde se hallaban aquellos cuatro hombres. Los cuales, al verla llegar, no parecieron prestarle una excesiva atención.

—Yo me quedo por aquí —le dijo el enfermero Morrow—, Permaneceré algo alejado para que a usted le resulte todo más fácil, ¿comprende? Me refiero a que, en ocasiones, si ven que se les está vigilando, se encierran en un silencio hermético. Y se trata de que dialoguen con usted, para que salgan bien esos artículos.

—Es usted muy amable — le agradeció.

Se decidió a ir hacia aquellos tres hombres, dejando a un lado al otro, a ese tal

Roger Burggan. Pero la verdad es que, al pasar por su lado, mermó el paso, se detuvo. Lo hizo así porque Roger Burggan la estaba mirando. Pero no sólo por eso, sino porque ese hombre tenía todos los atributos masculinos precisos como para impresionar a una mujer. Medía un metro ochenta y tantos, y era fuerte, atlético.

Además, era guapo, francamente guapo. Con una belleza enérgica y viril.

Loretta se detuvo a su lado y mantuvo la mirada de él.

Roger Burggan estaba apoyado de espaldas en la tapia, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Puedo hablar contigo? —le preguntó la muchacha.

Acababa de pensar que no estaría de más que en sus artículos aludiera a algún otro paciente, no sólo a aquellos tres por los que ella había ido hasta allí.

—Puedes hacerlo si quieres... —le contestó Roger Burggan con indiferencia, sin moverse de aquella postura que era, al parecer, muy cómoda para él.

—Me han dicho —repuso Loretta— que estás muy mejorado.

—¿Sí...? —dejó en el aire la interrogación.

—Si sigues mejorando —añadió la muchacha—, no tardarás en salir de aquí. Supongo que te gustará dejar esto.

—No —contestó Roger Burggan—. Si saliera de aquí sería para ir a la horca, y la horca se me antoja muy desagradable. Eso de sentir la soga en el cuello debe erizar el cabello... Prefiero esto...

—¿Qué hiciste para que temas la horca?

—Maté a mi madre —dijo con absoluta indiferencia.

—¿Cómo...? —se sobresaltó Loretta—. ¿Cómo has dicho?

Se había sobresaltado, no tanto por lo que había oído sino porque no podía imaginarse a un hombre como aquél, tan virilmente guapo, cometiendo un crimen tan horrendo.

—He dicho —repitió— que maté a mi madre. Cogí un hacha y le di en la cabeza. Me había acercado por detrás, para que no me viera llegar. Le incrusté el hacha con tanta fuerza que le partí el cráneo en dos. Saltaron los sesos por el aire y la sangre me salpicó... No fue agradable, pero conseguí acabar con ella. Entonces me apoderé de sus ahorros. —Y su indiferencia seguía siendo total, absoluta.

—Te apoderaste de sus ahorros... —y Loretta tragaba saliva.

—Cuatro libras, no estuvo nada mal —comentó Roger Burggan, y esta vez sonrió un poco, si bien su postura, apoyado de espaldas en la tapia, con los brazos cruzados sobre el pecho, siguió siendo la misma—. Pude comprarme una pitillera que me gustaba mucho...

Loretta optó por no seguir escuchándole. Los otros tres internos eran los que debían requerir su atención.

Pero apenas dio unos cuantos pasos, alejándose, Roger Burggan dejó su postura y se fue hacia ella.

—Oye...

—¿Qué? —se volvió.

—No me habrás creído, ¿verdad? Ha sido una broma. Yo no maté a mi madre. Yo la quería, la adoraba... La mató otra persona. El hacha la compré yo, pero el hachazo se

lo dio otro. No sé quién...
—Sí, claro —asintió Loretta—, tú querías a tu madre, la adorabas. Lo que me has dicho ha sido de broma —sabía que lo mejor que podía hacer era no llevarle la contraria.
Ya alejada de Roger Burggan, la muchacha se encaminó hacia uno de aquellos tres internos.
—¿Eres Reginald? —preguntó a un hombre de mediana edad, de gestos agitados, nerviosos.
—No, Reginald soy yo —contestó el más alto y joven de los tres, y se acercó.
—Yo soy Nicholas —declaró el anteriormente interpelado, que tendría unos treinta y tantos años.
—Y yo soy Max —añadió el otro, también acercándose.
Con los tres a su lado, muy cerca de ella, hubiera sido lógico que la muchacha se sintiera algo inquieta o por lo menos un tanto impresionada. Pero el enfermero Morrow no se alejaba del jardín, estaba por allí, lo veía a poco que mirara de soslayo. Se sentía, pues, tranquila. Hasta donde una persona cuerda puede sentirse tranquila sabiendo que está entre locos, claro.
—¿Siguen sin recordar dónde escondieron las joyas? —les preguntó.
—¿De qué joyas hablas? —Reginald pareció no tener ni idea del asunto.
—Se está refiriendo —intercaló Nicholas, el de los gestos agitados, nerviosos— a la caja fuerte de lord Kerrington.
—¿Acaso tú sí te acuerdas...? —Loretta se hizo la ilusión de que fuera así.
—No, no recuerdo nada —contestó Nicholas—, pero cuando nos encontraron en medio del campo, muertos de hambre, todos nos preguntaban por lo mismo.
—Se ve —terció Max— que esas joyas eran muy valiosas. Con ese dinero se podría vivir como un rey.
—O como una reina —observó Loretta—. Quiero decir, que si vosotros consiguierais las joyas y si alguno de vosotros tuviera una mujer, esa mujer podría ser una reina.
—A mí nunca nadie me ha amado —repuso Nicholas—. Pero el caso de Reginald es distinto; en su vida está Sabina... Sabina Arcand... ¿Sabe a quién me refiero?
—Me parece QUE sí —asintió Loretta.
—Trabajaba en un teatro de revista, era una de las chicas más atractivas del conjunto... —pero Max se interrumpió.
Se habían oído unas voces de alarma, de sobresalto. Por lo visto pasaba algo anormal.
—Venga conmigo —dijo el enfermero Morrow, acercándose a la

muchacha, para asirla de un brazo y tirar de ella—. No es conveniente que se quede aquí.

Loretta le siguió. El enfermero debía saber lo que era más conveniente. Sin duda estaba acostumbrado a soslayar toda clase de contingencias.

Abandonaron el jardín, y ya cerca del pabellón central vieron correr hacia allí al doctor Freechman. Su bata blanca, desabrochada, se entreabría. Un enfermero, también con su correspondiente bata blanca, decía en aquellos momentos:

—No sé cómo ha podido suceder. Se ha escapado de la enfermería llevándose varias botellas de alcohol...

—¿Dónde está ahora? —inquirió el doctor Freechman, deteniéndose por un momento.
—En el ala norte.
«Donde se hallan internados los casos más difíciles, más embarazosos», Loretta recordó las palabras del doctor Welch.

* * *

Se dirigieron rápidamente hacia el ala norte. El doctor Freechman, el doctor Welch y varios enfermeros. El enfermero Morrow iba en primera fila.

El doctor Freechman le
había dicho a Loretta:

—Vuelva al despacho. En seguida estaré con usted.

Pero a la muchacha no le tentó en absoluto la idea de perderse aquello, lo que fuera, algo que prometía ser, cuando menos, interesante. Así que les siguió. Convencida, por otra parte, de que no iba a correr ningún riesgo. ¿Acaso no estaban allí los enfermeros?

Pronto había de convencerse, sin embargo, de que el incidente era grave y de que las consecuencias también podían serlo.

Los pacientes de la sala tercera se mostraban total y absolutamente fuera de sí. La presencia del compañero que se había escapado de la enfermería con varias botellas de alcohol, había enajenado sus ánimos hasta desquiciarles, hasta exacerbarles. Y como había dos viejos internos por los que sentían ojeriza, habían llegado a la conclusión de que era aquél el momento de acabar con ellos.

En medio de su agitación, y de su creciente irritabilidad, cogieron a los infelices internos, a aquellos dos viejos, y les ataron a una de las camas. Sacaron cuerdas, cualquiera sabe de dónde.

Ya los viejos echados, uno junto a otro, destriparon el colchón. Después lo rociaron todo de alcohol. Sobre todo sus ropas.

Los viejos chillaban, aunque no debían saber exactamente por qué. Aún así, desorbitaban los ojos hasta casi sacarlos de sus órbitas.

Ya estaban allí el doctor Freechman, y el doctor Welch, y los enfermeros, y eso dio la impresión, por un momento, de que habían llegado a tiempo.

Pero los enfermos, cada vez más frenéticos, presentaron cara a quienes pretendían apaciguarles. Y lo hicieron de tal modo, que la lucha, el forcejeo, se estableció de inmediato.

Se confiaba que llegaran más enfermeros, a los refuerzos

pedidos con urgencia, pero mientras tanto había que evitar el asesinato de los dos viejos. Pero iban a tenerlo mal. Una barrera de enfermos se oponía a cualquier avance.

Y mientras tanto, ya rociado abundantemente de alcohol el destripado colchón y las ropas de las presuntas víctimas, alguien encendió un fósforo.

—¡No! —exclamó el doctor Freechman, queriendo abrirse paso entre el parapeto que formaban los perturbados mentales, para acabar con aquel horror, aquel espanto.

Ya era tarde.

El fósforo había caído sobre los cuerpos impregnados de alcohol. Y surgieron las llamas, y a un mismo tiempo los chillidos de las desgraciadas víctimas, y al unísono las risas y las carcajadas de los compañeros que contemplaban la escena. Risas y carcajadas excitadas, enardecidas, descompuestas.

Angustiada, estremecida, Loretta se vio presenciando lo ya inevitable. Los dos pobres viejos se hallaban envueltos en llamas. Unas llamas cada vez mayores, que aún, sin embargo, no habían conseguido silenciar sus desaforados chillidos.

¿No llegarían de una vez los otros enfermeros, el refuerzo esperado?, se preguntaba la muchacha. Mientras no fueran más, no había nada que hacer. Si todos los enfermeros hubieran sido como Morrow, tal vez pudiera haberse hecho algo. Pero Morrow solo no podía contra todos aquellos que, desquiciados hasta el paroxismo, oponían una valla humana realmente infranqueable.

De pronto, Loretta se vio asida por una mano y llevada hacia delante. Alguien había tirado de ella con inusitada fuerza.

Aquella mano pertenecía a un loco.

Se encontró, en medio de un estremecimiento espasmódico, en el centro de la sala. Ya fuera del posible amparo de los enfermeros, del director doctor Freechman y del doctor Welch. Lejos asimismo del enfermero Morrow.

Estos habían quedado atrás. Seguían viéndose imposibilitados de avanzar, de traspasar la barrera que oponían ferozmente aquellos seres desquiciados.

Ella, no obstante, había cruzado la barrera de una sola vez, de aquel brusco y violento tirón.

—Vamos a quemarla a ella también —barbotó el loco, el cual seguía sujetándole fuertemente por la mano.

Muchos se pusieron a aplaudir. Celebraron la idea. Sobre todo porque habían empezado a sentirse decepcionados al ver que los dos viejos, tras chillar mucho y tras agitarse y patalear desesperadamente, habían callado y se habían quedado quietos.

—¡Sí, quemémosla! —exclamaron unos.

—¡Ahora mismo! —corearon otros.

—Será divertido... —se rieron los restantes.

De la garganta de Loretta salió un grito alucinante, demencial, que como una espiral, como un remolino, la sumergió en su propio espanto, en su propio terror.

Quiso desasirse de la mano del loco. No lo consiguió. Aquella mano tenía demasiada fuerza.

Ella se sentía como sujeta por unas tenazas al rojo vivo. Como asida por unas garras candentes.

Dirigió angustiosamente su mirada hacia el doctor Freechman

y hacia el doctor Welch. Vio como ambos se dirigían al enfermero Morrow pidiéndole que hiciera algo. Pero éste contestaba, era fácil deducirlo así, que mientras no llegaran otros enfermeros, no veía modo de traspasar aquella barrera humana compuesta por seres totalmente descontrolados.

Loretta fue arrastrada hacia una de las camas y fue, asimismo, amarrada. No pudo evitarlo. Cuatro o cinco de aquellos enfermos se abalanzaron sobre ella para conseguir su criminal propósito. Terminaron vaciando dos botellas de alcohol sobre el

colchón y sobre ella misma.

En medio de estremecimientos y de espasmos, que le recorrían el cuerpo en todas direcciones, la muchacha seguía gritando. Una y otra vez. Con todas sus fuerzas, desgañitándose. Aquel horror, aquel espantosa estremecía hasta lo más hondo de su ser.

No había para menos, ciertamente, ante aquellas expresiones delirantes, enajenadas, que veía ante sus ojos. Y ante aquellas risas y carcajadas destornillantes que le herían los oídos. Y ante la actitud de todos los locos, dispuestos a que ella acabara como aquellos dos pobres e infelices viejos.

Surgió de pronto un fósforo

encendido...

Y ya Loretta se sentía a punto de perder el conocimiento, creyendo haber llegado a los límites del miedo, del pavor, del mayor de los horrores, cuando vio que entre el doctor Freechman y el doctor Welch aparecía una persona.

Le reconoció en el acto. Era Roger Burggan, el loco con el que había hablado unos minutos antes en el jardín. Ese loco que dijo haber matado a su madre para apoderarse de sus ahorros...

No supo cómo se las arregló. La muralla de desquiciados, de dementes, seguía allí. Pero se abrió paso entre ellos, rechazando a unos y empujando a otros, y en seguida estuvo ante el que había encendido el fósforo.

Por un momento Loretta pensó que, quizá, quería ser él, personalmente, quien la hiciera arder. La idea no resultaba totalmente descabellada teniendo presente que era un perturbado más. Por lo demás, si con un hacha había acabado con la autora de sus días, ¿por qué iba a ser más condescendiente con una periodista del *News of the Day?*

Pero pronto había de darse cuenta de que tenía en Roger Burggan a su defensor. A un guapo, esforzado y valiente defensor. De un manotazo apagó el fósforo encendido, y cuando lo tuvo en el suelo lo aplastó con la suela de su zapato. Después desafió a quienes estaban más cerca de él. Lo hizo con un solo gesto que era toda una provocación.

Un gesto que intimidó a varios de ellos. No a todos, pues uno se fue directamente hacia él. Pero Roger Burggan le descargó un puñetazo en el mentón y le tumbó. Le dejó en el suelo sin ganas de levantarse.

—En seguida te suelto —anunció Roger Burggan, y ya junto a la cama empezó a desatarla.

Loretta no terminaba de creerse aquello. Un desenlace tan feliz, viniendo de un loco, costaba de entender. Costaba de admitir.

Pero aquello era cierto y Roger Burggan la miraba como queriendo infundirle la confianza que aún le faltaba.

—Gracias...

En aquel momento llegaron los enfermeros. Llevaban mangueras, dispuestos, no sólo a apagar el posible fuego, sino a restablecer el orden. Una buena dosis de agua fría solía calmar mucho los ánimos.

Sin embargo, los internos se habían aplacado ya, así que no fue necesario recurrir a medidas de emergencia. El orden se restableció por sí solo.

Antes de que Loretta se diera cuenta, un par de enfermeros habían cogido a Roger Burggan, cada uno por un brazo, y se lo habían llevado.

—Creía haber cerrado la puerta del jardín —le oyó comentar poco después al enfermero Morrow—. Pero está claro que la he dejado abierta... De otro modo Roger Burggan no hubiera podido llegar hasta aquí... En fin, en buena hora he tenido esa omisión. Le ha salvado a usted...

—Sí, en efecto —contestó Loretta, sin acertar a recuperar el ritmo normal de su respiración.

—Ha debido ser horrible para usted —comentó el pelirrojo doctor Welch.

—No sabe lo que deploro el hecho —añadió el doctor Freechman, fino y distinguido aún en medio de aquella desagradable situación.

—Lo verdaderamente lamentable es eso... —Y la muchacha indicó los cadáveres quemados de aquellos dos pobres viejos. Pero queriendo demostrar, por puntillo, que a pesar de todo no estaba demasiado asustada, añadió—: Mañana volveré por aquí, si usted me lo autoriza, doctor Freechman. Hoy apenas he podido iniciar mi tarea.

—Puede venir — le contestó el aludido—. Si todo esto no le ha impresionado excesivamente... Por mi parte, encantado de recibirla.

—Quedamos a su disposición —añadió el doctor Welch.

CAPITULO III

Estuvo echada un buen rato sobre la cama, descansando, intentando serenarse. El susto había sido mayúsculo.

Necesitaba un poco de sosiego para centrar sus nervios. Por muy decidida que fuera, aquello había pasado de la raya.

Se había cambiado de ropa. La de antes olía escandalosamente a alcohol. Finalmente optó por ir a comer algo al bar restaurante. Eran ya más de las dos.

Apenas entró en el local, reparó en Sabina Arcand. Tan llamativa como el día antes y pretendiendo, por lo que pudo deducir, no pasar inadvertida.

Desde luego, acaparaba las miradas, preferentemente las masculinas. De todos modos, había poca clientela y la mayoría estaba de paso.

Quien la observaba con más insistencia, si bien desde lejos, era el hombre de la americana a cuadros. Con quien Loretta estuviera hablando el día antes.

Y también miraba con insistencia a Sabina Arcand, el sujeto bajo y gordo que se había bebido con tanta complacencia aquel vaso de sangre. Porque aquello era sangre, y Loretta no tenía por qué ponerlo en duda.

Iba a ocupar una mesa cualquiera, sin importarle cuál, cuando se dio cuenta de que Sabina Arcand estaba bebiendo un whisky tras otro. Ya daba síntomas de estar bebida. Y al pasar junto a ella, fingió tropezar y dio un traspiés. Casi cayó encima de la mesa.

—Oh, disculpe...

—No se preocupe — contestó Sabina.

—Creo que me he hecho daño en el tobillo —fingió habérselo torcido—. No, no creo que sea nada... —pero intentó dar un paso y se quejó aún más—. Oh, sí, duele...

—No ande ahora, descanse un poco —le aconsejó Sabina Arcand amablemente—. Siéntese aquí.

—Se lo agradezco mucho —manifestó sincera, porque esperaba el ofrecimiento—. Gracias.

Loretta llevaba el propósito de meter algo sólido en su estómago, pero vio a Sabina Arcand dispuesta a seguir bebiendo whisky, y se dijo que, de seguir así, sin duda hablaría mucho más que si se abstenía de beberlo. En consecuencia, optó por acompañarla.

—Otro whisky para mí —solicitó al camarero.

Este camarero no era tan joven como el que la noche antes le sirvió el bocadillo de jamón y la cerveza, pero desde luego

estaba tan nervioso como aquél. ¿Qué les pasaba?
Loretta reparó en aquel momento en el hombre alto y delgado, de mirada helada, que conoció tras el mostrador de recepción del hotel.
—Es el dueño del motel, ¿verdad? —preguntó a Sabina Arcand, pues era un modo de empezar a hablar.
—Eso me ha dicho —le contestó.
Ya con el whisky servido, la finalidad de Loretta consistió en bebérselo poco a poco. Lo suficientemente despacio como para que, entre tanto, Sabina Arcand se bebiera dos o tres.

Lo consiguió.

Por lo que acabó teniéndola encantadoramente locuaz. Era lo que había pretendido.

—Recuerdo que los periódicos hablaron de usted... —le dijo Loretta, cuando consideró que era el momento adecuado de hacerlo.

—Afortunadamente pude demostrar mi inocencia —repuso Sabina Arcand, balbuceante—. Reginald era mi amigo, nunca lo negué, pero yo ignoraba que fuera un criminal...

—¿Mató a alguien? —preguntó Loretta—. Ya no recuerdo bien los hechos.

—Mató a una anciana paralítica, para robarle, claro... Bueno, la mataron, en plural
—aclaró—, pues en aquello también intervinieron Nicholas y Max. Siempre lo han hecho todo juntos, ¿sabe?

—El examen médico-psicológico demostró que... —empezó a decir Loretta.

—Que estaban mal de la cabeza —concluyó la frase— y fueron internados. Pero no sé si lo sabe, se escaparon y...

—Robaron joyas por valor de quinientas mil libras —ahora fue Loretta la que concluyó la frase.

—Las joyas no aparecieron. A ellos se les encontró poco tiempo después, pero lo robado se había evaporado... —Otra vez el vaso de whisky fue a sus labios en medio de sus palabras, que seguían balbucientes—. Y lo que yo me digo —prosiguió—, en algún sitio tienen que hallarse.

—Ellos, Reginald, Nicholas y Max están aquí, en Woottlan, en el sanatorio psiquiátrico. ¿Lo sabía usted?

—Sí, sí —asintió Sabina Arcand—. Y por eso... —se inclinó hacia delante, como quien va a contar un secreto y no quiere ser oído—, por eso... he venido yo. Tengo una buena idea y espero poder llevarla a cabo.

—¿Sí...? —inquirió Loretta, y ella también se inclinó hacia su interlocutora, para no malograr su discusión.

—Pienso ir a visitarles —se sinceró Sabina Arcand—. Estoy convencida de que el director del sanatorio, el doctor Freechman, me autorizará a ello. Sin embargo, confieso que la sola idea de verme ante Reginald me pone los pelos de punta... Por eso no he ido hoy... Lo he dejado para mañana...

—¿Y qué espera yendo a visitarles? —la pregunta de Loretta parecía sumamente ingenua, pero, por descontado, no lo era.

—Estoy convencida de que ellos saben dónde escondieron las joyas —reveló Sabina Arcand—. Y estoy decidida a sonsacarles...

—Pero, bueno, ¿están o no están locos?

—Supongo que sí —respondió—. De todas formas, creo que en sus centros nerviosos hay algo que funciona y que... Vamos, que me consta que pueden decirme lo que yo pretendo saber...

—Aceptando que sea así —repuso Loretta—, ¿después qué...? De apropiarse usted de las joyas, se convertiría en cómplice...

—Nada de eso —le hizo saber Sabina Arcand—, He llegado a un acuerdo con lord Kerrington. Yo averiguo dónde están escondidas las joyas, pongo la información en conocimiento de la policía y a cambio de mi trabajo recibo cincuenta mil libras. Un

buen
negocio,
¿no cree
usted?

—Sí, desde luego —asintió Loretta—, No obstante... —pero no terminó de decir lo que estaba pensando.

—Siempre y cuando, ¿qué? —inquirió Sabina Arcand, cuyo whisky se había acabado, pero rechazó el vaso; por lo visto, había optado por no beber más.

—Se escaparon una vez —recordó Loretta—. ¿Y si lo consiguieran de nuevo? Sabina Arcand se puso a temblar.

—En tal caso yo estaría irremisiblemente perdida —ahora balbucía de miedo, de un miedo infinito—. Pero no lo conseguirán... —quiso animarse a sí misma.

—Supongo que no. Sin embargo, nunca está de más pensar en todas las posibles eventualidades —le aconsejó Loretta.

—Sí, claro —asintió. Seguidamente se levantó—. Estoy un poco mareada... Voy a dar una vuelta. Volveré en seguida.

Pero Sabina Arcand no volvió por el bar restaurante. Por lo visto había cambiado de idea. Loretta la vio salir con pasos un tanto inseguros, alejándose como quien no sabe adónde va. Se perdió entre la niebla. La niebla había vuelto a espesarse. Eso fue todo.

Cansada de esperarla, Loretta salió a su vez del local. En realidad había averiguado bastantes más cosas de las que esperaba. Sus artículos llevaban un buen camino.

Claro que, en honor a la verdad, no se quitaba de encima el susto sufrido al ser atacada por los locos. Ni conseguía olvidarse de los demás sobresaltos. Porque de todo hubo... ¡Ver beber aquel vaso de sangre tampoco había sido estremecedor!

Pero bueno, entre una cosa y otra todo aquel asunto se había convertido en algo intrigante, que había de gustar a los lectores del *News of the Day.*

La muchacha oyó pasos tras ella. Se volvió, deseando saber quién era la persona que se tomaba la molestia de seguirla.

Se encontró, en medio de la niebla, con el hombre bajo y gordo. El que le había dado motivos, más que motivos, ciertamente, para creerle un vampiro.

Pero aquel hombre no tenía aspecto de vampiro. Nada tan lejos de eso. Sin embargo, su afición por la sangre...

—Ha salido algo bebida, ¿eh? —
oyó que le decía, haciendo referencia, evidentemente, a Sabina Arcand.

—Sí, eso me ha parecido —

contestó Loretta.
—Ayer vi cómo usted me observaba —indicó a continuación—, Sí, la vi —se ratificó en lo dicho.
—¿Yo? —se fingió asombrada.
—Sí, estuvo usted mirando a través de mi ventana. Me vio beber el vaso de vino... Loretta creyó que no debía dejar escapar aquella oportunidad. Se lo ponían demasiado fácil.
—Me dio la impresión —dijo— de que era un vino muy extraño.
—Es que —se interrumpió sólo unos instantes—. Es que aquello no era vino...
—¿Ah, no?
—No —y como quien dice algo absolutamente normal y corriente —: Era sangre.
—¿Sangre...? —la muchacha ya sabía que lo era, pero no pudo evitar que el estómago se le revolviera de nuevo y que otra vez sintiera náuseas. Pero encontró

arrestos para preguntar—: ¿Y qué clase de sangre era esa...? ¿De buey...? ¿De cordero...? ¿De gallina...?
El hombre bajo y gordo la miró con fijeza, tal vez preguntándose si su interlocutora sería capaz o no de ser discreta. Debió considerar que si, que lo sería, porque respondió:
—Era sangre humana.
—¿Quéeee...? —inquirió Loretta. Y la saliva se le había hecho tan espesa que no pudo tragarla.
—Era sangre humana —repitió el hombre bajo y gordo.
—Bromea usted... —pero algo le decía a la muchacha que aquel hombre no estaba bromeando en absoluto.
—Cuando me apetece beber —le informó—, mato a alguien y le quito la sangre...
—¡Váyase a paseo! —exclamó Loretta, que se resistía a admitir aquello.
No podía admitirlo de ninguna manera. ¡Naturalmente que no! ¡Faltaría más!

* * *

La periodista había estado paseando por los alrededores.
Se había parado cerca del cobertizo situado relativamente cerca de allí, que contemplado de cerca daba aún más la sensación de estar a punto de derrumbarse. También había detenido sus pasos junto a ese pozo que se alzaba en medio de un terreno abundante en matorrales.
Al hallarse junto al pozo, Loretta reparó en la cuerda de la enmohecida polea, y se preguntó si aquello aún funcionaría. De forma instintiva alargó el brazo, cogió la cuerda y estiró. Aunque dificultosamente, la cuerda giró alrededor de la polea y poco después Loretta tuvo ante sus ojos un desvencijado cubo.
Fue un simple paseo.
No había de tardar en dirigirse de nuevo hacia el motel.
Tenía ya pensado cómo empezar a escribir sus artículos. Por lo demás, el cielo se había encapotado, adelantándose la oscuridad de la noche. Ya no apetecía pasear.
Instantes después, Loretta metía la llave en la cerradura de la puerta número 10. Y ya la puerta abierta, se dispuso a pulsar el interruptor de la luz. Esto lo primero.
Pero su mano, de pronto, se vio sujeta, inmovilizada. Ella fue a gritar. No se le ocurrió otra cosa. Su boca, sin embargo, quedó taponada por una férrea mano.

* * *

Sabina Arcand estuvo paseando por los alrededores. Lo mismo que hasta no hacía mucho había hecho Loretta.
Ya de regreso, no reparó en que alguien se había escondido, primero tras el pozo y luego tras uno de los muchos matorrales que había por allí.
Supo que no estaba sola cuando, de súbito, ese alguien se plantó ante ella y le miró como un loco...

Sabina Arcand se quedó muerta de terror.

Vio esquizofrenia, enajenación, demencia, en aquellos ojos que la atravesaban como si, por el mero hecho de mirarla, quisieran acabar con ella.

—No esperabas encontrarme, ¿eh? —el hombre se había abierto paso entre la niebla y las primeras sombras de la noche.

—No es agradable ser mirada así... —murmuró Sabina Arcand.

—Acércate —ordenó el hombre, que se había detenido a pocos pasos de ella.

—¿Para qué...? —preguntó Sabina Arcand, mientras pensaba que debía echar a correr.

Pero, ¿dónde estaban las fuerzas precisas para hacer eso, para echar a correr? Se sentía como paralizada.

—Acércate — repitió el hombre.

No estaba dispuesta a obedecerle, pero el hombre avanzó y la prendió de un brazo, llevándose hacia el pozo.

—No, no quiero acercarme al pozo —jadeó Sabina Arcand, como si presintiera que allí dentro iba a encontrar la muerte.

No le sirvió de nada rebelarse. Aquel hombre tenía una fuerza inusitada, increíble, y quieras que no la arrastró hacia allí.

Y ya allí, buscó y cogió la cuerda que descendía de la polea, enrollándola y atándola a la cintura de Sabina Arcand.

Esta, con el rostro lívido, ceniciento, y con un horror indescriptible e infinito, lanzó un alarido que, en realidad, emitió cuando ya caía en las profundidades del pozo.

El hombre, estirando de la cuerda, la había alzado en el aire, y luego la había dejado caer súbitamente. Lo hizo todo con tanta rapidez que no hubo ciertamente tiempo de nada. Sabina Arcand no pudo ni respirar hondo.

Se oyó cómo el cuerpo caía al agua y luego un chapoteo, un sonar el agua al ser batida por pies y manos.

—No sé nadar... No sé nadar... —jadeaba Sabina Arcand desde el fondo.

—Mejor, mejor... —dijo el hombre.

Siguió oyéndose aquel chapoteo, que cada vez había de hacerse más desenfrenado, pero que finalmente fue perdiendo intensidad hasta enmudecer del todo.

Entonces, sólo entonces, el hombre izó la cuerda y rescató el cuerpo.

Pero aún había vida en aquel cuerpo y volvió a dejarlo caer en las profundidades del pozo.

Sólo cuando se aseguró de que ya había conseguido su propósito, volvió a izar la cuerda y rescató, esta vez ya definitivamente, el cuerpo de la hasta hacía poco llamativa y hermosa mujer.

Ya el cuerpo fuera del pozo, sobre la tierra, el hombre sacó un abrecartas. Luego se arrodilló junto a la víctima.

Le quitó los ojos.

CAPITULO IV

Loretta no había gritado porque la mano le taponó la boca.

Luego había de ver quién era la persona que se había metido en su alojamiento, y la verdad es que entonces, al verla, ya no supo si deseaba o no gritar.

De todos modos, la mano seguía taponándole la boca, así que tenía que limitarse a callar, a enmudecer, a guardarse para sí lo que pudiera estar sintiendo.

—Si te suelto, ¿me prometes que no gritarás? —la preguntó Roger Burggan.

Era él. El loco que se convirtió en su salvador, al que debía no haber muerto quemada.

La muchacha asintió repetidas veces. Roger Burggan la soltó.

—Me he escapado del sanatorio —le dijo después, mientras se llevaba el índice a los labios, pidiendo silencio —y se me ha ocurrido venir a verte...

—¿Te has escapado? —a Loretta le parecía como si aquello no fuera verdad, como si todo tuviera que ser, forzosamente, una pesadilla.

—Tengo excavado un pasadizo subterráneo —repuso Roger Burggan— y lo utilizo cuando me apetece salir. Luego vuelvo a encerrarme yo mismo —agregó— porque, ya te lo dije, me asusta la horca...

—¿Y nadie sospecha nada? —preguntó la muchacha.

—No, nadie —contestó—. Ni el doctor Freechman, ni el doctor Welch, ni el enfermero Morrow, ni tampoco los otros enfermeros...

—¿Y los que están contigo? —quiso saber Loretta, pensando en ese momento únicamente en la suerte que pudiera llevar Sabina Arcand.

—No sé —vaciló Roger Burggan—, creo que no saben nada. No puedo asegurártelo... Oye —le espetó de pronto—, tú no me tendrás miedo, ¿verdad?

—No —contestó la periodista, pero ella era la primera en no saber si eso era cierto o no.

¡Resultaba tan inverosímil, tan inaudita, tan increíble aquella situación!

—Eres una chica muy guapa —ponderó Roger Burggan seguidamente, y acarició con suavidad su castaña y rizada melena.

Loretta pensó que debería estar, cuanto menos, un tanto inquieta. Pero la verdad es que no lo estaba. Se decía que aquel hombre le había salvado la vida y que no tendría razón de ser que ahora, al sentir sus manos en sus cabellos, se sintiera asustada.

«Pero es un loco... —decía una vocecita en su interior—. Vete con cuidado. A lo mejor cambia de maneras y te la cargas...»

—¿De qué color tienes los ojos? —le preguntó Roger Burggan, habiendo dejado ya de acariciar sus cabellos.

—Lo sabrías —le contestó ella— si me hubieras dejado encender la luz. Además, esta mañana me has visto en el jardín, ¿no?

—Los tienes castaños, del mismo tono que el cabello. Son muy bonitos. No, no te he dejado encender la luz porque prefiero esta penumbra. Debo ser cauto, hazte cargo. Una indiscreción podría costarme cara. Oye —insistió— de veras no me tienes miedo,

¿verdad?

—Claro que no — le aseguró ella.

—Ya veo que eres una chica valiente...

«Yo seré valiente —decía la vocecita en su interior—, pero tú eres todo un tipo, estás requetebién... Si te hubiera conocido en otras circunstancias me hubiera enamorado de ti...»

En aquel memento llamaron a la puerta. Unos golpes secos, rápidos, perentorios. Al que llamaba le urgía que la puerta le fuera abierta.

—No me delates. —El tono de Roger Burggan se hizo un ruego, una súplica—. Por favor, no me delates...

Si la muchacha hablaba de más, estaría perdido. Por eso, sin duda, su expresión se había alterado.

—No te delataré —aseguró Loretta. Se dirigió a la puerta.

Al abrirla, tras haber dado al interruptor de la luz, se encontró con el dueño del motel, ese hombre alto y delgado, de mirada helada.

—Me ha parecido oír ruidos, como si le pasara a usted algo —dijo—. He venido a ver...

—No me pasa nada —sonrió ella con la máxima naturalidad posible—. De todos modos, gracias por su interés.

—Procuro evitar contratiempos desagradables —repuso el hombre, no muy decidido a irse, como si siguiera creyendo que ahí dentro sucedía algo—. En seguida interviene la policía y eso perjudica a mi negocio.

—Sí, claro —asintió Loretta.

—A los clientes no les gusta ver a la policía —añadió a continuación—. Las parejas que suelen venir no son matrimonios... Se hace cargo de lo que quiero decir, ¿no?

—Sí, claro —asintió de nuevo.

—Lo que yo me digo, todos tenemos derecho a la vida, y si un hombre abandona a su mujer y viene aquí con otra, o si es una mujer la que deja a un lado a su marido y acude con otro, ¿quién soy yo para juzgar...?

—Estoy con usted.

—Bueno, si no me necesita... —Estaba claro que no se decidía a irse—. De todos modos, recuerde que estoy aquí cerca...

—Lo tendré presente. Gracias.

—Y perdone si la he molestado.
—Gracias nuevamente.
Cuando consiguió cerrar la puerta, notó sobre sus hombros las manos de Roger Burggan. Tras ella oyó su voz, suave, cálida.
—Te has portado muy bien conmigo.
Ella se volvió, mirándole de frente.
—Te dije que había sido una broma... —recordó Roger, como expresando en voz alta su pensamiento—. Supongo que me creíste... —Antes de que ella hablara, agregó—: Te lo juro, te lo juro una y mil veces, yo no maté a mi madre...
—No, claro que no —asintió Loretta, y empezaba a creerle, o al menos quería

empezar a creerle—. Pero de ser así, ¿por qué no hablas con el doctor Freechman y le explicas exactamente cómo sucedió todo?

—Lo haré —te prometió Roger Burggan.

—Debes intentarlo. Pero, por favor... —no podía dejar de decírselo— procura que tus compañeros no conozcan tu salida subterránea... Ellos también la utilizarían... Y ya los tres fuera del sanatorio, vete a saber los crímenes que podrían cometer...

—Me hago cargo. No te preocupes, no conocerán mi salida. Y ahora debo irme — dijo—. Ya te he visto, que era lo que pretendía... Oye, ¿volverás por el sanatorio?

—Sí, mañana mismo —afirmó Loretta.

—Pues hasta mañana.

Entreabrió la puerta, levemente, discretamente, y se aseguró de que no iba a ser visto. La oscuridad era ya mucha y otro tanto puede decirse de la niebla. Ambas, pues, estaban a su favor.

Salió de allí rápidamente, tras echar una nueva mirada a la muchacha. Al instante desaparecía.

Loretta cerró la puerta. Respiró lo más hondo que pudo. Desde que había llegado a aquel lugar todo eran cosas raras, chocantes, sorprendentes, por no calificarlas de peor manera.

En realidad, todo lo que estaba sucediendo no le gustaba absolutamente nada. Empezando por el hombre bajo y gordo que bebía sangre y que, sin duda para impresionarla, le dijo que aquélla era sangre humana; siguiendo por el hombre de la americana a cuadros, que al parecer estaba convencido de que Reginald, Nicholas y Max volverían a escaparse; y concluyendo por Roger Burggan, un loco de muy buen ver, pero un loco a fin de cuentas, del que ella, razonablemente, no debía fiarse.

De nuevo llamaron a la puerta, por lo que aquellos golpes le sacaron de sus pensamientos.

* * *

Se dirigió a la puerta. Abrió.

Allí estaba el hombre de la americana a cuadros. Bastante más sonriente que la primera vez que estuvo hablando con él.

—Temo molestarla... —se disculpó.

—No se preocupe —contestó ella.

—Es que quisiera —empezó a manifestar— que usted y yo nos conociéramos mejor. No me interprete mal —se apresuró a advertir—, se trata únicamente de que me gustaría que alguien me viera actuar.

—¿Actuar...? —inquirió Loretta, sin hacerse cargo de lo que

había pretendido decir.

—Soy actor —le hizo saber.

—No lo sabía.

—Y un buen actor, modestia aparte —observó. Le faltó tiempo para añadir—: Sin embargo, me complacería que usted me ratificara la opinión que tengo yo de mí mismo... ¿Por qué no me acompaña y le hago una demostración?

—Lo lamento, ahora no va a poder ser —eso de acompañarle no le atraía en absoluto, tal vez porque la expresión de aquel hombre seguía pareciéndole rara, muy rara—. Puede que en otro momento...

—¿Tal vez mañana? — preguntó, animando el gesto.

—No puedo asegurárselo, pero quizá sí. Dígame —la curiosidad siempre había sido uno de sus defectillos—, ¿qué clase de actor es usted?

—No me imagine interpretando a Shakespeare; los clásicos no es lo mío. Lo mío es...

—y se detuvo.

—¿Qué es? — preguntó.

—Hacerme el harakiri.

—¿Ha dicho hacerse el harakiri...? —y Loretta pensó una vez más que, desde que había llegado al motel, nada era lógico, nada estaba resultando normal.

—Eso he dicho — rectificó el hombre de la americana a cuadros —. ¿Acaso no sabe lo que es eso?

—Tengo una vaga idea —contestó, si bien, como es de suponer, sabía perfectamente de qué estaban hablando.

—Hacerse el harakiri es matarse, suicidarse... —le informó—, Como hacen los japoneses, abriéndose el vientre de izquierda a derecha.

—¡Pues vaya numerito el suyo! —exclamó Loretta sin poder contenerse—, ¿Y le sale bien...? El truco debe verse...

—No se ve —aseguró el hombre— y el público aplaude a rabiar. Me gustaría que usted también me aplaudiera.

—Mañana, por poco que pueda —prometió Loretta.

—De antemano le quedo muy reconocido.

—Pero no termino de entenderlo —manifestó la muchacha—. Para que el número resulte convincente, tiene que brotar la sangre...

—Y la sangre surge —te indicó— y también aparecen los intestinos, y el hígado, y el bazo... Esto sucede en todas y cada una de mis representaciones. Resulta un número excepcional.

—Debe serlo — convino ella.

—Recuérdelo mañana. Usted será mi público.

—Sí, se lo he prometido.

—Bueno, no la importuno más. —Antes de retirarse, antes de dar media vuelta, puntualizó—: Mi nombre es Martín.

—El mío Loretta.

CAPITULO V

La periodista se había dirigido al Sanatorio Psiquiátrico.

Ahora estaba ya en el despacho del doctor Freechman, quien le repitió que no veía inconveniente en que volviera a hablar con Reginald, Nicholas y Max.

—Lamento que tuviera que presenciar la horrible muerte de aquellos dos pobres viejos y que usted misma sufriera...

—Ya pasó, es mejor no hablar de ello —la muchacha quiso indicar con sus palabras que la culpa de lo sucedido no había sido de nadie.

Desde luego se sentía seriamente preocupada. Sabía, y lo sabía sin lugar a dudas, que debía decir al doctor Freechman que su paciente Roger Burggan salía y entraba del manicomio a su entera comodidad. No podía callar, no podía cargar ella sola con tan grave responsabilidad.

Sin embargo, traicionar la confianza que Roger Burggan había depositado en ella, se le antojaba una mala acción. Pero ¿qué mala acción, por todos los demonios, si se trataba de un perturbado mental que podía, al menor descuido, cometer un acto irreparable? No obstante, le había dicho que él no mató a su madre...

Fuera de una u otra forma, la verdad es que Loretta no se decidía a delatarle. Hasta se sentía angustiada.

—Antes de que vaya a hablar con Reginald, Nicholas y Max —dijo el doctor Freechman— quiero aludir a ese tal Roger Burggan.

—¿Sí...? — inquirió ella.

—Supongo que le dina que mató a su madre...

Loretta asintió.

Solamente eso.

—Por quitarle los ahorros. Cuatro libras, con las que se compró una pitillera... Loretta volvió a asentir.

—Luego le diría que todo eso era una broma, que él no fue quien mató a su madre, que él la quería, la adoraba... Supongo —añadió el doctor Freechman— que también le diría que tiene construida una salida subterránea y que puede irse de aquí así que le viene en gusto...

—Sinceramente —reconoció la muchacha—, algo así me dijo.

—Pues no debe hacerle caso...

—¿No? —Loretta sabía que había hablado con Roger Burggan

fuera del sanatorio, en el motel, y que ésas no eran, evidentemente, simples palabras y meras apreciaciones. El doctor Freechman accionó una de las teclas del interfono situado sobre su mesa y dijo:

—Doctor Welch. Por favor, que venga Roger Burggan. Se oyó a través del aparato la voz del doctor Welch.

—En seguida, doctor Freechman.

Tardaría un par de minutos, quizá ni eso, en aparecer Roger Burggan custodiado por el enfermero Morrow. Aunque eso de custodiado era un decir. Llegaba libre de movi- mientos, tan campante.

—Puede retirarse, enfermero Morrow —indicó el doctor Freechman tras su mesa de

escritorio—. Usted, señor Burggan, adelante. Siéntese si lo desea.

—Con su permiso — contestó Roger Burggan. Y se sentó en el otro silloncito, junto a la muchacha.

Por lo que se refiere a ésta, no terminaba de asimilar lo que significaba todo aquello, y miraba al recién llegado con un persistente pestañeo.

—Como comprenderá, señor Burggan —empezó diciendo el doctor Freechman—; me veo obligado a revelar a esta señorita su verdadera identidad. No hacerlo sería improcedente.

—¿Su verdadera identidad...? —preguntó ella.

—Debe saber que el señor Burggan no es un paciente mío —manifestó el doctor Freechman—. Es detective privado.

—¿Cómo..? —y Loretta acababa de comprender que aquel joven le había estado tomando lindamente el peto.

—Pretendo averiguar dónde escondieron las joyas —Roger se hizo cargo de que valía más que fuera él quien lo explicara todo —. Me refiero a Reginald, a Nicholas y a Max... Lord Kerrington cree que no están tan locos como parece, y le consta que recuerdan perfectamente dónde escondieron las joyas robadas. Me paga a mí por averiguar si está o no en lo cierto.

—¿Y para eso —se indignó la muchacha— era preciso engañarme a mí de semejante forma...?

—Te ruego que me disculpes —Roger había carraspeado un poco—. Contigo me he extralimitado un poco, sí... Es que me ha resultado sumamente reconfortante — sonrió— darme cuenta de que, aun creyéndome loco, te caía bien...

—¡Oh, qué presuntuoso! —exclamó Loretta.

—Las primeras palabras que nos cruzamos tú y yo fue en el jardín, ante ellos — evidentemente se estaba disculpando—. Me vi obligado a representar mi papel. Y eso no puedes reprochármelo...

—Pero puedo reprocharte que ayer, ya a solas, en el motel, me dijeras que habías huido de aquí por un camino subterráneo y que...

—Actualmente está casi vacía la zona que corresponde a mis pacientes más recuperados —refirió el doctor Freechman—. En consecuencia, éstos tienen ahora dormitorios individuales. Un hecho que aprovecha el señor Burggan para, así que se retiran a descansar, abandonar el sanatorio hasta el día siguiente. Como es lógico, puede hacerlo por la puerta principal como si fuera un doctor o un enfermero más.

—¡Ojalá no consigas averiguar nada! —le deseó, rabiosilla, la muchacha.

—Pues espero lograrlo —manifestó el detective—. Me paso el

día con ellos. De momento no hablan mucho, pero a la larga conseguiré...

—Me gustaría conseguirlo antes que tú —aseguró Loretta—. Eso de que me hayas enredado así...

—Te he pedido disculpas.

—¡No te ha servido de nada pedírmelas!

—Por favor, por favor —intervino el fino y elegante doctor Freechman, más sonriente y benévolo que otra cosa—, no se enfaden. Concédanse al menos una tregua. Se trata de averiguar, si es que de verdad lo saben, dónde escondieron esos tres las joyas, ¿no

es eso? Pues luchen juntos. A mí me parece lo más razonable.
—Tampoco es una mala idea —opinó Roger Burggan—, ¿Amigos...? — ofreció, y tendió la mano a la muchacha.
Loretta sintió que la indignación le desaparecía.
—De acuerdo, amigos —terminó diciendo, y correspondió al gesto de aquella mano.

* *
*

Reginald, Nicholas y Max estaban paseando por el jardín. Solían hacerlo todos los días a aquella hora.
Iban juntos. Apenas se cruzaban alguna palabra. Parecían sentirse mucho más recelosos que el día antes.
Esta deducción, al menos, fue la que sacó Loretta. Lo que le hizo pensar que quizá hubieran descubierto la verdadera identidad de Roger Burggan. La idea le asustó, pues no era muy difícil imaginar los peligros que correría el detective si tal cosa fuera cierta.
—Me quedaré por aquí —le dijo el enfermero Morrow en aquellos momentos—. Por si acaso.
—Gracias.
La muchacha se acercó a los tres hombres, que la miraron como si no la hubieran visto nunca.
—¿No os acordáis de mi? — les preguntó.
—No—contestó Max.
—No — respondió a su vez Nicholas.
—Sí —dijo Reginald.
—Estuve hablando de las joyas de lord Kerrington —recordó Loretta dirigiéndose ahora exclusivamente a Reginald—. La gente cree que vosotros sabéis dónde están escondidas.
—Creen mal —afirmó Reginald—. No lo sabemos, no lo recordamos.
—Dime, después del robo de las joyas, ¿dónde es detuvieron?
—Cerca de Woottlan —repuso—. Eso lo sabe todo el mundo.
—Es decir —concretó Loretta— os detuvieron cerca de aquí...
—Más o menos.
—Os encontraron en medio del campo, muertos de hambre...
—Hacía mucho que no comíamos. No teníamos dinero para comprar nada — contestó.
—Pero teníais en vuestro poder una fortuna en joyas.
—Eso dicen. Quizá sea verdad.
—Tal vez —aventuró la muchacha— entregasteis las joyas a un cómplice, ¿no?

—Nosotros nunca hemos tenido cómplices —aseguró Reginald —. Cuando hemos
«trabajado» lo hemos hecho juntos, pero sin necesidad de recurrir a nadie más.
—De todas formas, yo tengo entendido que Sabina Arcand...
—Fue mi amiga —dijo Reginald—. Me acostaba con ella y lo pasaba bien. Yo suponía

que estaría a mi lado a las buenas y a las malas. No fue así; en cuanto me detuvieron se desentendió de mí. Desde entonces no he vuelto a verla. Pero no le guardo demasiado rencor —añadió —; todas las mujeres son iguales, ya se sabe.
—Si un día viniera a visitarte, aquí, a este sanatorio, ¿qué actitud sería la tuya? Perdonar siempre es hermoso...
—Yo no he perdonado nunca —manifestó Reginald—, Ni a ella ni a nadie,
—Pero me has dicho que no la guardas demasiado rencor...
—Aun así, si Sabina es inteligente sabrá alejarse de mí. De lo contrario se arriesga a lo peor. —Era toda una amenaza.
—¿Qué es lo peor? — preguntó Loretta.
—Si una persona está viva —observó Reginald— supongo que lo peor para ella debe ser acabar muerta.
Consideró zanjada la conversación. Giró sobre sus talones y dio la espalda a su interlocutora.
Y ésta, tras una breve vacilación, intentó el diálogo con los otros dos, Nicholas y Max. Seguían allí, relativamente cerca.
Pero por más que les preguntó, ambos se refugiaron en un silencio hosco, huraño, persistente, del que resultó imposible sacarles.
Loretta se dio por vencida, considerando que la nueva tentativa debía dejarla para más adelante, para otra ocasión.
Vio a Roger Burggan.
Estaba en la misma postura del día anterior, apoyado de espaldas en la tapia, con lo6 brazos cruzados sobre el pecho.
Se le acercó.
—¿Vas averiguando algo que valga la pena? —le preguntó él por lo bajo.
—No —contestó ella, también en voz baja.
—Ahora lo intentaré yo.
—Ten cuidado. Parecen tranquilos, inofensivos, pero no debes fiarte.
—No me fío.
—Me marcho, no vayan a sospechar...
—Hasta la noche —seguía apoyado de espaldas en la tapia, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Iré a verte.
—
Te
estaré
esperando.
Loretta
siguió
adelante.
El enfermero Morrow la acompañó hasta que apareció el doctor Welch, el cual se pasaba la mano por su rojizo pelo con gesto de

quien está nervioso.
—¿Sucede algo? — le preguntó la muchacha.
—No —contestó. Pero corrigió casi de inmediato—: Bueno, sí... Es que tengo una sospecha...
—¿Una sospecha?
—Tengo la corazonada de que esos tres, Reginald, Nicholas y Max, han construido una salida subterránea... Se lo he dicho así al doctor Freechman y se lo ha tomado a broma. Pero yo no bromearía con un asunto tan serio —y de nuevo se pasó la mano por el pelo.

—¿Una salida subterránea...? —inquirió Loretta—. ¿Cree posible semejante cosa? Cuesta de creer.
—Espero equivocarme —dijo el doctor Welch preocupado.
—Se equivoca, claro que sí. —Se había acercado a ellos el doctor Freechman, siempre fino y elegante—. Que, ¿le ha ido bien hoy a nuestra gentil periodista?
—No demasiado — reconoció Loretta.

CAPITULO VI

La muchacha estuvo almorzando en el bar restaurante, mientras, a menudo, echaba una mirada a su alrededor. Buscaba a Sabina Arcand. Sin duda no tardaría en aparecer.

Pero no apareció, y eso hizo que Loretta volviera a sentir esa sensación que para ella ya no era nueva. La sensación de que un peligro latente, solapado, traicionero, empezaba a envolverla.

Sin embargo, ahora podía contar con la ayuda de Roger Burggan, todo un detective en lugar de un temible loco. La cosa había cambiado mucho, y para mejor, afortunadamente.

El hombre bajo y gordo se había detenido a su lado, junto a la mesa.

—La veo mirar hacia la puerta cada dos por tres.

¿Espera a alguien? Levantó la mirada, respondiendo:

—Sí, espero a alguien.

—¿Puedo saber a quién...?

Era toda una indiscreción, pero Loretta consideró oportuno pasársela por alto.

—Espero a Sabina Arcand.

—Desde ayer noche no la veo —dijo el hombre bajo y gordo—. Pero, claro, no me he acercado a su mesa para hablarle de ella, sino de otra cosa...

—¿De otra cosa?

—De usted y de mí.

—No comprendo...

—¿Puedo sentarme? —Pero no esperó su permiso y se sentó, arrimando la silla. Y repitió—: De usted y de mi.

—Diga.

—Me encantaría invitarla a tomar una copa en mi alojamiento.

—¿A una copa de qué...? —Loretta intentó sonreír.

—De lo que usted prefiera —el hombre bajo y gordo le devolvió la sonrisa.

—Supongo que no será a un vaso de sangre. —Y no pudo evitar que su tono resultara algo socarrón.

—¿Y por qué no? —su gesto fue de absoluta seriedad—. Para una invitada tan exquisita como usted, cualquier bebida de excepción, incluso ésa, estaría justificada...

—Oiga, amigo —Loretta no pudo contenerse más—: si pretende chancearse, mofarse, le prevengo que está perdiendo el tiempo. Los cuentos de vampiros nunca me han impresionado lo más mínimo.

—¿Quiere decir con esto —se ensombreció súbitamente la expresión del hombre bajo y gordo— que usted no cree en

vampiros?
—Ni poco ni mucho. Nada. ¿Complacido de mi respuesta o prefiere otra más contundente?
—Será mejor que me vaya —se levantó, aún con la expresión ensombrecida.
—Eso mismo opino yo.
—A pesar de todo, le deseo...

—¿El qué? — se impacientó Loretta.

—Que no se arrepienta de lo que ha dicho.

El hombre se fue y la muchacha se quedó con muy mal sabor de boca. Lo mismo que si su paladar estuviera lleno de acíbar.

Hasta que, de pronto, la mirada se le iluminó. Roger Burggan estaba entrando en el bar restaurante. Alto, varonil, decidido.

Fue directo a su mesa.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —le preguntó ella—. Te suponía en...

—En el sanatorio, sí, claro —completó—. Sin embargo, he fingido un súbito dolor de estómago, he pedido que me llevaran a la enfermería y de esa forma he podido escabullóme de Reginald, de Nicholas y de Max... Hasta mañana, pues, no debo reunirme con ellos en el jardín. Así que cuento con unas pequeñas vacaciones...

En cuanto Roger Burggan se sentó a su lado, ella había de confesarle que estaba asustada. Puede que no fuera ésa la palabra exacta, pero desde luego se le parecía mucho.

—¿Por qué...? — preguntó él.

—Por muchos motivos —contestó ella—. Pero ante todo, porque desde hace unas horas estoy temiendo seriamente que haya en el sanatorio, de verdad, una salida subterránea. Y de existir, aseguraría que Reginald, Nicholas y Max la están utilizando ya...

—Tienes mucha imaginación —repuso Roger—. Lo de esa salida subterránea fue cosa mía.

—El doctor Welch cree que existe. Se ha sincerado conmigo y me lo ha dicho.

—¿De veras cree eso?

—Pero el doctor Freechman no le hace caso. Además —añadió la muchacha— no veo a Sabina Arcand por ninguna parte. Fue la amiga de Reginald.

—Sí, ya lo sé.

—Por otra parte —prosiguió Loretta— el dueño del motel es un tipo que, no sé por qué, pero me corta el aliento; debe ser por su mirada... Y en cuanto a uno de los clientes, un hombre bajo y gordo, me ha asegurado que bebe sangre humana...

—No me digas.

—Lo malo es que yo le he visto bebérsela... Bueno, yo no sé si era sangre humana o no, pero desde luego sí era sangre... Como sea, él mismo me aseguró que, cuando le apetece beber, mata a alguien y le queda la sangre... Me ha invitado a ir a tu apartamento. Y no, no acaban aquí mis motivos de inquietud...

—¿Aún hay más?

—Otro de los clientes del motel es un actor. Su número consiste en hacerse el harakiri... Dice que lo hace tan bien que el público cree que va en serio. Quiere que yo le vea actuar. Y, en fin —concluyó la muchacha—, esto es todo. Supongo que ya es bastante.

—Yo añadiría algo —repuso Roger—. En este bar restaurante los camareros están muy nerviosos...

Uno de ellos acababa de dar un traspiés, por lo que la bandeja que portaba y las consumiciones que llevaba rodaron por el suelo.

—Sí, están sumamente nerviosos —asintió Loretta—. Ya lo estaban la noche que yo llegué aquí. Y qué duda cabe, siguen estándolo...

—De todos modos, tú no debes sentirte asustada por nada. Ahora me tienes a mí.

—Siempre me he bastado y sobrado yo sólita —por puntillo, quiso dejarlo bien claro.

—Menos el día que querían quemarte... —le recordó con cierto retintín.

Sintió que los colores le subían a la cara. Con sus palabras había pecado de desagradecida.

—Además —prosiguió Roger— yo llevo una automática bajo la axila y en eso te aventajo.

—Sí, claro — reconoció ella.

—Y si se trata de dar puñetazos, ¿qué? Esas lindas manos no creo que estén para esos trotes. Lo dicho — resumió— que ahora me tienes a mí.

—De acuerdo, de acuerdo —sonrió Loretta, claudicando incondicionalmente. Y lo hizo, desde luego, de mil amores.

Una media hora después salieron del bar restaurante, tras responder al saludo del dueño del motel, el hombre alto y delgado que, a juicio de Loretta, tenía una mirada helada que cortaba el aliento.

Ya fuera, con un día que climatológicamente se parecía mucho a los anteriores, se vieron abordados por el hombre de la americana a cuadros.

—El matrimonio Kelsey acaba de llegar al motel. Están dispuestos a presenciar mi actuación... —les indicó a los Kelsey, una pareja normal y corriente, que se hallaba allí cerca, a la espera—. Por favor, venga usted también... —concluyó, dirigiéndose a Loretta.

Ella miró a Roger, interrogativamente. No sabía qué era lo que debía responder.

—¿Puedo ir yo también? — preguntó Roger.

—¡Oh, naturalmente! —exclamó el actor—. Cuantos más vengan, mejor... Claro que sí... Vengan, vengan... —y empezó a caminar hacia la puerta 14, la que correspondía a su alojamiento.

* * *

Ya en el interior del mismo, Roger y Loretta, así como el matrimonio Kelsey, vieron cómo aquello estaba ya preparado para una representación.

Había unas cuantas filas de sillas, lo mismo que si se tratara de los asientos de una platea de teatro. La cama había sido apartada para que quedara más espacio.

—Bajaré la persiana —el hombre de la camisa a cuadros se sentía encantado al ver a todos pendientes de él—. Yo siempre trabajo en la oscuridad... Bueno, bajo la luz de los focos... Aquí no hay focos, pero he pensado en todo y he buscado estas lamparitas... Enfocadas hacia mí, sustituirán...

Luego de colocar convenientemente la luz de las lamparitas y de bajar del todo la persiana de la ventana para que no se colara la claridad del día, se dispuso a iniciar su actuación.

Lo primero que hizo es ponerse un vistoso kimono y coger un afilado cuchillo...

Después se fue hacia una esquina de la habitación, donde daba principalmente la luz de las lamparitas, y una vez allí se arrodilló.

Las lamparitas, entre tanto, habían empezado a parpadear. Debían estar preparadas, pues aquellos intervalos de luz y oscuridad no sorprendieron para nada al actor.

—Soy el gran Martín —dijo poco después— y voy a demostrarles lo fácil que es hacerse el harakiri...

Los presentes no dijeron nada. Loretta miró a Roger y éste a la muchacha. El matrimonio Kelsey intercambió también una mirada. Unos y otros permanecían a la expectativa, no creyendo que aquello pudiera convencerles.

Entre el parpadeo de las lamparitas, Martin cogió el afilado cuchillo y, sujetando el mango con ambas manos a la vez, lo alzó en el aire. Se disponía evidentemente a clavárselo.

Bueno, a fingir que se lo clavaba. Porque a ninguno de los espectadores se le podía ocurrir que aquello fuera de veras.

De cualquier modo, lo cierto es que el afilado cuchillo, que por unos segundos permaneció alzado en el aire, descendió a una velocidad increíble...

¡Y se hundió, atravesando el vistoso kimono, a la izquierda del vientre de Martín, abriendo paso hacia el otro extremo, hacia la derecha! ¡Quedó el vientre rajado como el de una res en el matadero, sólo que en sentido contrario!

A la vista de todos, surgió la sangre, y aparecieron los intestinos, el hígado y el bazo... Exactamente lo que Martín le había dicho a Loretta que sucedía en cada una de sus actuaciones.

Pero todo aquello tenía demasiados visos de realidad, y Roger dio un bote en su asiento. Mientras, el matrimonio Kelsey, que al principio había aplaudido, terminó quedándose quieto, con los ojos muy abiertos. Loretta había ahogado un grito.

El rostro del actor se había demudado, y ahora miraba a sus propios intestinos, a sus propias entrañas, como si no creyera lo que estaba viendo. De pronto se desplomó de bruces. Ya no se movió.

—¡Este hombre se ha matado! —exclamó el señor Kelsey.

—¡Algo le ha fallado...! —exclamó, a su vez, la señora Kelsey.

Roger se levantó y, acercándose a la ventana, alzó hasta arriba la persiana. Era preciso que entrara la luz. Así verían lo que había sucedido. A la luz parpadeante de las lamparitas no podían hacerse afirmaciones categóricas.

Pero pronto pudo comprobarlo, Martín estaba muerto. Tan muerto como pudiera estarlo su bisabuela, o su tatarabuela.

Ni la sangre era un cuento, ni lo eran los intestinos, hígado, bazo

y demás. Todo aquello era ciertamente auténtico.
En aquel momento se abrió la puerta, dejándose ver el dueño del motel.
—¿Qué ha sucedido...? — parecía pedirles cuentas.
Roger se adelantó y se lo hizo saber. Los demás no atinaban ni a hablar.
—Hay que avisar inmediatamente a la policía —dijo el dueño.
—En eso mismo estaba pensando yo —convino Roger.
El otro salió de allí, y tras él lo hizo el matrimonio Kelsey y Loretta, y finalmente

Roger.

—Ha sido espantoso —comentó la muchacha, sin aliento—. ¿Qué crees que ha podido fallarle...?

—No puedo saberlo. Esperemos que lo diga la policía —contestó Roger—. Por descontado, nadie ha intervenido...

—No, claro que no.

Entretanto, el dueño del motel, ya tras el mostrador de recepción, cogía el teléfono y marcaba un número.

—Vamos a dar un paseo mientras llega la policía —le propuso Roger a la muchacha—

. No te vendrá mal un poco de aire fresco. Te has puesto muy pálida. Ella asintió.

Y estuvieron un rato por los alrededores, si bien, para disfrutar del paseo, hubiera sido preciso no llevar dentro la angustia producida por aquella muerte violenta e incomprensible.

Aun así, hubo un momento en que Roger la besó y entonces todo cambió de aspecto. Sin necesidad de más. Como por obra de magia.

—Lo hubiera hecho antes —le dijo él—, pero me creías un loco y me veía obligado a contenerme. Hubieras echado a correr.

—Quién sabe —sonrió ella—. Quizá no.

El paseo continuó un poco más. Y dirigieron sus pasos hacia donde se hallaba el pozo y donde, algo más allá, estaba el cobertizo que se caía de puro viejo y abandonado.

En eso, Loretta dio un traspiés, pero el brazo de Roger, a tiempo, la sostuvo por el brazo.

—Se me ha hundido el tacón en la tierra —se justificó la muchacha.

Siguieron paseando. Apenas serían las cuatro y aún había mucha luz. Aunque por allí la niebla siempre dejaba constancia de su presencia.

Por lo demás, el cielo estaba bastante nublado. Pero no amenazaba lluvia. Según Roger había oído comentar al dueño de la gasolinera, no llovía desde hacía mucho tiempo.

Loretta volvió a dar otro traspiés.

—Se me ha vuelto a hundir el tacón en la tierra —manifestó de nuevo.

—Voy a tener que llevarte en brazos —bromeó Roger.

Ya junto al pozo, rodeado de abundantes matorrales, Loretta posó su mirada en la cuerda de la enmohecida polea. Una polea que aún funcionaba, lo había podido constatar el día antes.

Alargó el brazo y cogió la cuerda, estirando. Fue simplemente por hacer algo. Esperaba que su impulso fuera suficiente para que subiera el desvencijado cubo. Pero en esta ocasión la

cuerda no se movió.
—Que extraño —comentó la muchacha— parece como si el cubo estuviera lleno...
—La polea está enmohecida —apuntó Roger, como explicando aquello.
—No, no es por eso —la muchacha negó con la cabeza—. Ayer funcionaba. Yo diría que el cubo está lleno...
—Espera, yo te ayudo —repuso él, y cogió la cuerda entre sus manos, tirando a su

vez.

El desvencijado cubo, de pronto, apareció ante sus ojos. Y desde luego estaba lleno...

¡Allí se hallaba la cabeza de Sabina Arcand! ¡Sin ojos, con las cuencas vacías y sanguinolentas! ¡Con la boca abierta, tan abierta, que uno imaginaba que lo último que debía haber hecho era lanzar un alarido de esos que taladran los oídos! ¡Con el cuello seccionado, con muchos nervios y tendones colgando! ¡Con la larga y rubia cabellera desparramada!

—Es Sabina Arcand —musitó la periodista estremecida de arriba abajo.

—Sí, es ella — corroboró Roger.

—¿La conocías?

—Sí —se limitó a asentir.

—Debemos poner en conocimiento de la policía, cuanto antes, este horrible crimen

—se apresuró a decir Loretta.

—Desde luego.

Se dirigieron hacia la gasolinera, hacia el bar restaurante, hacia el motel. Andando con rapidez, pues urgía notificar aquel macabro hallazgo.

Pero aún les quedaba por afrontar un hecho insólito, sorprendente, inaudito.

El dueño del motel les salió al encuentro y les dijo que el mal rato había sido injustificado, que todo aquello no había sido más que un susto, que todo había acabado bien.

—¿Qué es lo que ha acabado bien? —quiso saber Roger.

—Me refiero al actor, a ese tal Martín. Iba a telefonear a la policía cuando le he visto aparecer tan tranquilo, desde luego vivo como ustedes y como yo...

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Loretta—. ¿Que ese hombre está vivo?

—Sí, eso he dicho —aseguró el dueño del motel— Le hemos creído muerto porque su interpretación ha sido francamente genial.

«Eso no se lo cree ni un idiota», pensó Roger. Lo que no le impidió, tras dar un suspiro de alivio, decir:

—Pues es todo un artista. Le felicitaré en cuanto vuelva a verle.

A Loretta le sorprendió la respuesta de Roger. Aquello había sido un anzuelo demasiado gordo como para que el detective se lo hubiera tragado. Como, por descontado, no se lo había tragado ella.

No quiso, empero, oponer nada a tal respuesta, pero si decir

que habían encontrado dentro del cubo del pozo la cabeza de Sabina Arcand. Había, esta vez, y sin omisiones, que llamar a la policía.

Empezó a decir

—Hablando de muertos...

Pero vio la mirada que le lanzaba Roger y se quedó cortada. Aquella mirada le había dicho que lo mejor que podía hacer era callarse.

—Diga, diga... —el dueño del motel estaba pendiente de sus palabras.

—No, nada —rectificó Loretta. Y añadió—: Bueno, me alegro sinceramente de que no haya sido nada malo lo del señor Martín...

Cuando el hombre alto y delgado se separó de ellos, tras una mirada helada que a la

muchacha le cortó el aliento aún más que otras veces, Roger dijo:

—Es evidente que el dueño del motel no quiere vérselas con la policía. Es tan evidente como que el señor Martin se suicidó de veras...

—Me consta que es así —convino Loretta—. Pero, ¿por qué callar que hemos encontrado muerta a Sabina Arcand?

—Si el dueño del motel no quiere vérselas con la policía, debe ser por algo. De momento, pues, no estará de más complacerle... Desde luego, voy a averiguar lo que pasa. Pero para que no desconfíe de mí ni de ti, lo mejor es que no sepa que hemos descubierto a Sabina Arcand —concluyó.

—Dime, ¿cómo vas a averiguar lo que pasa? —a ella no se le ocurría—. Lo veo todo muy confuso, muy liado. ¿Tú no?

—Empezaré por merodear por estos alrededores a eso de media noche.

—¿Para qué?

—Para ver si me encuentro con alguien.

—¿Con quién esperas encontrarte? ¿Tal vez con Reginald, Nicholas y Max? Sí, claro... Si ciertamente existe esa salida subterránea...

—Si en el pozo hemos encontrado a Sabina Arcand, lo lógico es suponer que por ahí han debido andar... Pero no quiero precipitarme, así que, antes de aventurar juicios, prefiero investigar debidamente.

—Iré contigo —dijo Loretta.

—Será si yo te lo permito.

—Tú me lo permitirás —le sonrió la muchacha—. Por cierto, me has dicho que conocías a Sabina Arcand.

—Me la encontré en la mansión de lord Kerrington —le explicó Roger—. Este me había hecho llamar para contratar mis servicios como detective y allí estaba ella. Le había propuesto a. lord Kerrington ir al sanatorio y averiguar dónde estaban escondidas las joyas, a cambio, claro, de cobrar un tanto por ciento. Lord Kerrington aceptó su trato, pero según me dijo a mí no se fiaba mucho de las mujeres. Por descontado, me contrató a mí.

CAPITULO VII

Roger Burggan tomó la decisión de volver al Sanatorio Psiquiátrico. No podía dejar de hablar con el doctor Freechman; tenía que decirle que Sabina Arcand había sido asesinada.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Loretta—.

Debes prevenirle. Fueron juntos.

Al verles entrar en el despacho, el doctor Freechman se sorprendió. No hacía tanto que habían estado allí. Pero su gesto se hizo amable y les invitó a sentarse.

—¿Qué desean? —les preguntó.

Roger puso en su conocimiento que habían matado a Sabina Arcand.

—Pues avisen a la policía —dijo el doctor Freechman—. Es lo que se hace en casos como éste, ¿no?

—Preferiría, de memento, no avisar a nadie...

—¿Y eso por qué? —se extrañó.

—He venido a prevenirle, simplemente a eso —manifestó Roger, sin responder a la pregunta.

—¿Se está refiriendo, más o menos veladamente, a esa salida subterránea que el doctor Welch sospecha que existe?

—En efecto —repuso Roger—, a eso me estoy refiriendo.

—Es ésa una idea absurda —aseguró el doctor Freechman— que no puedo tomar en consideración.

—Si han matado a Sabina Arcand, yo no considero nada descabellado preguntarme quién ha podido hacerlo...

—Cualquiera ha podido acabar con su vida —repuso el doctor Freechman.

—No cabe la menor duda —admitió Roger—. Pero puesto a sospechar de alguien, yo lo haría, ante todo, de Reginald... Y de Nicholas y de Max. De los tres, puesto que según parece todos los trabajos los hacen juntos.

—Parece olvidar que están internados aquí, en un manicomio que ofrece absolutas garantías de seguridad.

—Francamente, no descarto la posibilidad de una evasión.

—Según usted salen y entran a placer. Pues resulta ridículo suponer eso, ¿no lo comprende? Si consiguieran salir, se escaparían lo más lejos posible...

—Salir y cometer sus crímenes, y luego volver a meterse aquí, ¿existe, acaso, una mejor coartada?

—Lo lamento, no puedo compartir esa idea que para mí, lo

repito, es ridícula.

—El doctor Welch no opina como usted —intercaló Loretta—, ¿Por qué no le pregunta en qué se basa para dar como posible esa hipótesis? ¿Y por qué, por lo demás, no pide su opinión al enfermero Morrow? Tal vez dialogando entre todos...

De pronto se oyeron unas voces de alarma, de sobresalto. Estaba pasando algo anormal.

Loretta recordó aquellas otras voces, cuando uno de los pacientes se escapó de la enfermería llevándose varias botellas de alcohol. ¿Qué pasaría ahora?

No tardaron en saberlo. El doctor Welch entró en el despacho diciendo que los pacientes de la sala tercera, los mismos que se amotinaron en aquella otra ocasión, se hallaban ahora en su correspondiente jardín sufriendo una colectiva excitación.

—Quieren ahorcar a varios de sus compañeros...

El doctor Freechman, tras ordenar que los enfermeros fueran inmediatamente a restablecer el orden, se precipitó a su vez fuera del despacho.

—Se están repitiendo los incidentes con demasiada frecuencia —comentó. Roger y Loretta le siguieron.

Pero la muchacha, por si acaso, se prendió del brazo del detective. No estaba dispuesta a soltarse.

Y volvieron a verse ante una escena muy semejante a la vivida el día antes. Los pacientes de la sala tercera se hallaban total y absolutamente fuera de sí. Sus ánimos se habían enajenado hasta desquiciarles, hasta exacerbarles. Y en medio de su cólera, de su creciente irritabilidad, se habían propuesto acabar con tres de sus compañeros.

Cuando llegaron a aquel lugar del jardín, esos compañeros eran arrastrados hacia uno de los árboles que había allí.

¡Y las sogas pendían ya de las más gruesas ramas! ¡Y ya sólo faltaban las víctimas, porque los verdugos aparecían por todos los lados!

Los enfermos, cada vez más frenéticos, presentaron cara a los recién llegados. No querían que pasaran, que siguieran adelante. Tampoco querían ser apaciguados. Les bloquearon, pues, el camino.

¡Y los tres desgraciados pendían ya de sus respectivas sogas, se balanceaban macabramente! Nadie había podido evitar aquello.

Ante el espectáculo ya consumado, surgieron risas y carcajadas. Excitadas, enardecidas y descompuestas.

Cuando llegaron los enfermeros y volvió a reinar el orden, la tragedia se había ya consumado. Fatalmente había sido así.

Roger Burggan se había quedado mirando fijamente a uno de los ahorcados.

—¿Qué miras? —le preguntó Loretta, reparando en su atención, sin duda excesiva.

—Yo conocí a ese hombre —le respondió Roger—. De eso hace ya tiempo. Pero quizá esté equivocado...

Como fuera, ya era tarde para intentar salvarle. Ni a ese hombre ni a tos otros.

Había que aceptar lo irreversible.

—Se están produciendo los incidentes con sospechosa frecuencia —repitió el doctor Freechman, obsesionado por aquella extraña circunstancia. Acto seguido preguntó al doctor Welch—: ¿Dónde están ahora Reginald, Nicholas y Max? Quiero creer que respecto a ellos todo va normalmente.

—Sí, sí —asintió el doctor Welch, pero torció el gesto lo suficiente para que todos pensaran que su preocupación seguía latente.

Ya salían del Sanatorio Psiquiátrico, cuando Roger preguntó al enfermero Morrow, que se había ofrecido a acompañarles hasta la puerta de salida.

—¿Qué opina usted? ¿Cabe suponer una salida subterránea,

utilizada por...?

—Mucho me temo que sí —asintió el gigantón enfermero Morrow—, pero se lo digo sólo a ustedes; ante el doctor Freechman no me atrevería. Asegura que esa suposición

es absurda, ridícula. Y nadie puede convencerle de lo contrario. Tal vez tenga razón, yo no soy quien para llevarle la contraria. De todos modos, a veces he sorprendido hablando a Reginald, a Nicholas, a Max, y por algunas medias frases que he podido oír...

—Repítame esas medias frases —dijo Roger.

—«De mí no se reirá esa mujer...» «Antes de que ella venga a verme iré a verla yo...» «Para algo hemos trabajado tanto en eso...» Cosas así, más o menos.

—¿No sabe a qué mujer se referían...? —Esta vez fue Loretta la que preguntó—,

¿Les ha oído en alguna ocasión mencionar a una tal Sabina?

—Creo que no — negó el enfermero Morrow.

Salieron del sanatorio sin más novedades dignas de mención. Al parecer habían adelantado poco en aquel asunto.

Bajaron sin demasiada prisa por la suave colina, entre los arbustos que jalonaban el camino. Ya abajo, se fueron por la misma carretera hacia el motel.

Pero antes de llegar a él habían de pasar por la gasolinera y después por el bar restaurante.

—Voy a charlar un poco con el dueño de la gasolinera —dijo Roger a la muchacha—. Tú espérame en el bar.

—¿No quieres que oiga lo que le preguntas, o no quieres que oiga lo que te responde?

—No quiero —aclaró él— que te veas metida en más líos de los inevitables. Así que, espérame en el bar. Te prometo que te lo contaré todo.

—De acuerdo — le contestó ella.

Loretta siguió adelante, mientras Roger se detenía en la gasolinera. Una gasolinera de poca monta, sólo atendida por su dueño. Por lo visto la clientela era escasa, y con una persona bastaba para llevar el negocio.

—Buenas tardes —le saludó Roger, en tono despreocupado, intrascendente.

—Buenas tardes —correspondió el hombre, al que no le faltaría mucho para jubilarse.

—¿Se detienen muchos coches? —se interesó Roger.

—No muchos.

—El negocio, pues, debe ser regular, ¿eh, amigo?

—Me defiendo a duras penas.

—Oiga —y consideró que, tras el diálogo iniciado, podía formular ya las preguntas que le habían llevado hasta allí—, ¿ha reparado usted en algo raro durante las últimas cuarenta y ocho horas?

—¿Algo raro...? —se mostró sorprendido.

—Por estos alrededores.
—Pero algo raro, ¿cómo qué? —preguntó.
—Me han asegurado —repuso Roger— que tres delincuentes merodean por aquí.
—No me gustaría que fuera cierto. Es cosa sabida que los delincuentes sienten debilidad por atracar en las gasolineras.
—Vale más estar prevenido —apuntó Roger—. Pero si no ha visto nada que haya llamado su atención, posiblemente sea todo habladurías de la gente, no se apure.

—Otra vez se nos viene encima la niebla —comentó seguidamente el dueño de la gasolinera—. Aquí siempre estamos así. No es bueno para los pulmones.

Hubieran seguido hablando, pero Roger vio no lejos de allí al dueño del motel y pensó que, bien mirado, ya había recibido suficientes respuestas.

Se despidió, y se fue directamente hacia el hombre alto y delgado, de mirada helada.

—Por cierto —dijo al llegar a su lado—, ¿ha visto a la señorita Arcand? Sabina Arcand... —detalló—. Necesito hablar con ella.

Quedó pendiente de su expresión, de sus gestos.

—Desde ayer noche no la he visto —contestó el otro—, y me extraña, porque me dijo que iba a estar aquí unos cuantos días. Pero, bueno —añadió, restando importancia al caso—, quizá se haya ido con alguno... Ya sabe usted lo que son ciertas mujeres, no tienen excesivos escrúpulos y así que pueden...

—Con tal que no le haya pasado nada malo —apuntó Roger, y siguió pendiente de su expresión.

—¿Qué va a haberle pasado...? Por aquí nunca sucede nada.

—A propósito, ¿qué me dice del señor Martín, el actor? ¿Ha vuelto a verle?

—Sí, sí —se apresuró a asentir—. Se lo quería decir. Un poco más y se me pasa por alto, ¡qué olvidadizo soy! Se ha ido, ¿sabe? Me ha rogado encarecidamente que le despidiera en su nombre.

—Muy amable.

El rostro del dueño del motel no se había alterado en absoluto.

* * *

Roger entró en el bar restaurante y echó una ojeada a su alrededor, buscando a la muchacha.

La encontró sentada ante la misma mesa. Como había poca clientela por lo visto se podía elegir.

Reparó en el hombre bajo y gordo del que Loretta le había hablado, haciendo referencia a su bebida favorita. Estaba al otro extremo del local.

Roger fue hacia la muchacha.

—No has tardado mucho —comentó ella.

—El dueño de la gasolinera no tenía nada que decirme... O al menos eso me ha parecido. A propósito, ¿has visto quién está cenando al otro extremo?

—Sí —contestó Loretta, sin mirar.

—Me dijiste que te había invitado a una copa.

—Sí.

—Pero no aceptaste el ofrecimiento...

—No.

—¿Sabes lo que te digo? Creo que debiste aceptar. Hubiera sido una forma como otra cualquiera de saber si de verdad te ofrecía sangre...

—Que él beba sangre, de eso yo no tengo la menor duda, ya te lo dije —puntualizó Loretta—, Yo misma le vi bebérsela. La única duda que puedo tener es si...

—Si esa sangre es humana o si no lo es —concluyó.
—Exactamente.
—Estoy pensando —dijo Roger— que no estaría de más que ahora te acercaras a su mesa y que le sonrieras un poco, para decirle que habías cambiado de parecer y que...
—Oye, a mí ciertas amistades no me gustan —protestó la muchacha.
—Tú eres una periodista decidida y valerosa, que no se arredra fácilmente —quiso picarle el amor propio.
—Por descontado que no me arredro fácilmente —le respondió con rapidez—, pero ese tipo se me atraganta. No puedes imaginarte cómo se me revolvería el estómago si de nuevo le viera beber sangre.
—Sobre todo porque estarías temiendo que fueras humana.
—Tú lo has dicho.
—Pero puedes hacer un sacrificio. Compréndelo, si consigues que te lleve a su alojamiento y te ofrezca una copa, habremos adelantado mucho...
—¿Tú crees? —dudó.
—Además, no has de preocuparte, no puede pasarte nada malo. Yo estaré cerca. Si gritas, apareceré en un santiamén.
—No me seduce nada lo que me estás proponiendo.
—Me hago cargo. Pero tú estás aquí para sacar unos buenos artículos, ¿no es eso?
—Unos artículos referentes a Reginald, Nicholas y Max, no a un hombre que parece creerse un vampiro...
—De eso se trata —repuso Roger—. Me gustaría saber si, ciertamente, se cree un vampiro. Llegar a esta conclusión equivaldría a... —se detuvo.
—¿A qué equivaldría? —preguntó Loretta.
—De eso hablaremos luego —se mostró evasivo—. Antes sería conveniente que supiéramos si esa sangre que bebe...
—No voy a saber si la sangre que bebe es humana o no, si es a esto a lo que te estás refiriendo —le interrumpió—. No soy entendida en la materia, ni ganas.
—De todos modos, si vuelve a beber sangre, eso nos ayudaría a sacar conclusiones...
—insistió Roger.
—De acuerdo, haré lo que me has dicho —se decidió ella—. Pero no te olvides de estar cerca, ¿eh?
—Prometido.
Loretta no tardó en dirigirse hacia la mesa del hombre bajo y gordo. Este parecía estar muy concentrado en sí mismo, como si algo le preocupara particularmente.

—Hola —le saludó ella. Alzó el rostro.

—¿Desea algo...? —había de preguntarle.

—Si —contestó Loretta—, pedirle disculpas. Temo no haber estado muy amable con usted.

—No tenía por qué estarlo —replicó él.

—Me lo he pensado mejor —sonrió Loretta— y sí, la verdad es que me encantaría que me ofreciera una copa.

—Siéntese —le ofreció el hombre bajo y gordo. Y sin más—: Le encantaría una copa,
¿de qué...?
—De lo que sea.
—¿Aunque sea de sangre...? —había bajado mucho la voz; apenas se le oyó. La muchacha evitó un escalofrío y respondió seguidamente, con naturalidad:
—Aunque sea de sangre humana.
—Ya veo —dedujo— que ha decidido vivir nuevas experiencias. Me congratulo de ello, máxime cuando eso va a suceder en mi compañía...
Se quedó con la palabra en la boca. En el bar restaurante había entrado el dueño del motel y su sola presencia hizo que se sintiera violento y cambiara radicalmente de actitud.
Aunque muy a pesar suyo, eso saltaba a la vista.
—Será mejor que lo dejemos para más adelante. No es conveniente que de momento bebamos juntos.
—¿Por qué no? — inquirió la muchacha.
—Porque hay que tomar ciertas precauciones.
—No lo comprendo. Nadie tiene por qué inmiscuirse en nuestros asuntos. ¿Acaso al dueño del motel había de importarle...? —y le señaló con la mirada.
—Será mejor que se vaya —el tono se le hizo súbitamente brusco.
—No está muy gentil conmigo.
—Lo lamento.
La muchacha se levantó, volviendo a su mesa.
Antes de explicarle a Roger cómo le había ido, no pudo menos de comentar:
—Ese hombre está como una cabra.

CAPITULO VIII

Era ya plena noche. Las sombras y la niebla se entremezclaban entre sí. Una vez más.

Roger y Loretta habían llegado hasta ese lugar donde se hallaba el deteriorado pozo y el viejo y abandonado cobertizo.

—¿Puedo saber ya lo que pretendes —le preguntó la muchacha— o esperas al juicio final para decírmelo?

—Cuando hemos estado por aquí a eso de media tarde, has dado varios traspiés, ¿lo recuerdas? El tacón se te ha hundido en la tierra... Y eso no debía haber sucedido. Hace días que no ha llovido y en consecuencia la tierra está seca, dura.

—Sí, es verdad —asintió la muchacha.

—Pero ha sucedido —manifestó Roger—, lo que a mi entender demuestra que, indudablemente, alguien ha estado haciendo hoyos y luego tapándolos.

—¿Y eso para qué? — preguntó Loretta.

—Para encontrar las joyas de lord Kerrington —sentenció Roger.

—Pero si hacía hoyos por aquí y por allá, eso demuestra que ese alguien no sabía exactamente dónde estaban las joyas.

—Y supongo que sigue sin saberlo; por eso me ha parecido una buena idea que viniéramos. Ocultos tras cualquiera de estos matorrales, podemos ver quién es la persona, o personas, que reinciden...

—Estás pensando en Reginald, en Nicholas y en Max, ¿no es cierto?

—Si fueran otras personas, recordarían dónde escondieron las joyas. Si no lo recuerdan, es que, desde luego, se trata de ellos, de unos dementes más cuerdos de lo que parece, pero no tan cuerdos como ellos se creen.

—Comprendo.

—Además —puntualizó Roger—, mientras no les veamos llegar podemos aprovechar el tiempo. Para algo estamos junto al pozo, muy cerca del cobertizo.

—¿Qué quieres decir...?

—El hombre bajo y gordo, que finalmente no ha querido saber nada de ti...

—No, no ha querido saber nada de mí —dijo Loretta—, en cuanto ha entrado en el bar restaurante el dueño del motel.

—Ese hombre —observó— te dijo que era sangre humana la

que bebía, ¿no? Pues, quién sabe, tal vez sea cierto.
—No seas bestia, Roger.
—El bestia, en todo caso, él... Pero ¿por qué no admitir que pudo ser sincero al decirte eso?
—Una cosa así no tendría razón de ser.
—A menos que, lo que tú has dicho antes, se ajuste a la realidad...
—¿Qué he dicho?
—Que está como una cabra... En consecuencia —añadió Roger —, si es sangre humana la que bebe, por algún sitio tienen forzosamente que estar los cadáveres. Y si encontramos en el pozo la cabeza de Sabina Arcand, pero no su cuerpo...

—Quieres indicar —completó la muchacha— que lo más seguro es que el cuerpo de Sabina Arcand esté por aquí cerca. Donde, quizá, estén también los otros muertos...
—Por eso no estará de más que busquemos un poco.
—¿Por dónde empezamos?
—Pueden estar enterrados en cualquier parte, pero yo aseguraría que el abandonado cobertizo debe haber parecido al asesino un buen lugar para esconderlos.
—Vayamos a ver.
Se dirigieron hacia el cobertizo creyendo que, una vez allí, la búsqueda seguida siendo difícil. Aunque tal vez, guiándose por la tierra removida, pudieran llegar pronto a averiguar algo.
Pero apenas estuvieron allí les saltó a la vista un montón de tierra, que tenía todas las trazas de haber sido removida recientemente.
—¿Qué habrá aquí debajo...? —preguntó Loretta—, ¿Acaso...? —no concluyó porque se le espesó la saliva—. No, no, debe ser un simple montón de tierra.
—Deja que saque la linterna. Hay demasiada poca luz.
Apareció la luz de la linterna, por lo que, cuando la muchacha metió la mano en la tierra, escarbando un poco, se vio perfectamente lo que salía...
¡Salían unos dedos! ¡Unos dedos, con las uñas llamativamente pintadas! ¡Pertenecían a una delicada mano de mujer!
Loretta ahogó un grito y retrocedió un par de pasos.
—Coge la linterna tú — le dijo Roger.
Loretta le obedeció. Y *ya* con la luz de nuevo debidamente enfocada, aunque en esta ocasión un tanto vacilante porque la mano de la periodista no estaba muy firme, Roger se acercó a aquellos dedos, a aquella mano que aparecía entre la tierra.
Estiró
y
surgió
un
brazo.
Estiró
y
surgió
un
hombro.
Instantes después había salido el cuerpo de Sabina Arcand, pero sin cabeza, huelga decirlo. La cabeza debía de seguir en el cubo del pozo.
—¡Qué horror! —exclamó Loretta.

—Para tapar un solo cadáver —dedujo Roger— no se hubieran molestado en poner tanta tierra. Aquí hay más sorpresas...

Empezó a retirar tierra, con las manos, pues no había por allí nada que pudiera hacer de pala. De todos modos, pronto apareció otro brazo...

Sacado de entre la tierra el nuevo cadáver, éste apareció ante ellos con un vistoso kimono, con el vientre abierto de un extremo al otro, de izquierda a derecha. Se trataba del cuerpo sin vida del hombre de la americana a cuadros, el tal Martín.

—Y el dueño del motel me ha asegurado que hizo las maletas y se fue en el autocar de mediodía —masculló Roger—. Le rogó que en su nombre se despidiera de mí...

—Debe de haber más cadáveres —apuntó Loretta, pues el montón de tierra aún era alto.

Sus recelos se vieron confirmados. Aparecieron dos cuerpos más. Pero esos cuerpos, uno de hombre y otro de mujer, eran desconocidos para ellos. A aquellas personas no las habían visto en su vida.

—Fíjate —indicó Roger—, estos dos parecen no tener sangre en las venas... ¡A este

paso va a resultar que es verdad que ese hombre bebe sangre humana!

—Cuesta de creer...

—Desde luego, aquí todo el mundo resulta sospechoso... El hombre bajo y gordo, que bebe sangre sea o no humana... El dueño del motel, que me miente y que evidentemente encubre un suicidio... Y sin olvidarnos del propio suicida, cuyo comportamiento merece un calificativo que no acierto...

—Pero tú y yo no estamos aquí por ninguno de ellos, sino por...

—Estamos por quienes no tardarán en volver por aquí —aclaró Roger—. Sí, volverán

—se ratificó en lo expuesto— a buscar las joyas que en su día escondieron.

—Mira —dijo la muchacha en aquel momento—, ahí hay algo.

Le indicó más allá de aquel montón de tierra que había ya quedado desparramada. Señaló el lugar donde la techumbre del cobertizo estaba ya casi totalmente hundida en el suelo.

—Sí, hay algo.

Se acercaron, con la luz de la linterna por delante. Era preciso averiguar qué era aquello. Pero a ambos se les había ocurrido ya lo que podía ser.

Tras retirar la tierra y unas cuantas hierbas, encontraron una caja de regular tamaño. Una caja de latón, que no les fue difícil abrir.

Ahí dentro, envueltas en una tela de gamuza, encontraron unas rutilantes joyas.

—Aquí están —dijo Roger—, La suerte no ha podido sernos más propicia.

Exactamente —puntualizó—, las joyas de lord Kerrington.

* *
*

No tuvieron tiempo para otra cosa que no fuera callar. Y apagar la linterna, claro.

En el exterior acababan de aparecer las siluetas de tres hombres. De Reginald, de Nicholas y de Max. De los tres inseparables.

—Salgamos del cobertizo —murmuró Roger instantes después.

Se alejaron, lo que no les impidió, sin embargo, quedarse relativamente cerca, protegidos tras los matorrales. Desde allí podrían presenciar perfectamente cómo se desenvolvían aquellos tres sujetos.

Habían de ver, pues, cómo se reunían en un lugar determinado

y cómo, tras dialogar entre ellos, se decidían a cavar un buen agujero. Hecho lo cual, y una vez convencidos de que en ese sitio no había nada, tapaban el hoyo. Y al instante, y tras un nuevo intercambio de palabras, volvían a cavar, fracasando de nuevo en su empeño. Y así una y otra vez.

Hasta Roger y Loretta no llegaban sus palabras, pues se hallaban bastante distantes. En realidad apenas veían sus siluetas. Mas a juzgar por la actitud de los tres y por su obstinación en encontrar lo que buscaban, era fácil deducir el sentido de lo que hablaban.

Permanecieron durante mucho rato haciendo lo mismo, sin que a ninguno se le ocurriera buscar en el cobertizo. Sin dar muestras, por lo demás, del más mínimo cansancio.

—Me estoy preguntando —dijo la muchacha— qué hacemos exactamente aquí.

Sabemos que no van a encontrar las joyas.

—Pero no sabemos —repuso Roger— de qué salida subterránea se han valido para llegar a este lugar, y hemos de averiguarlo.

—De acuerdo —observó ella—, Pero a ti lo que de verdad te interesaba era recuperar las joyas.

—Sí —asintió Roger—. Sin embargo, cuando empiezo un trabajo me gusta concluirlo a conciencia; quedarme a medio camino no es lo mío. Por otra parte, llegando al fondo de la cuestión, te ayudaré a ti a escribir unos buenos artículos.

—Agradecida.

Siguieron tras los matorrales, sin perder de vista a quienes, en un momento dado, podían tomar la determinación de mirar en el cobertizo. En cuyo caso ellos deberían retroceder más para no ser descubiertos.

Pero tras ver cómo hacían un sinfín de hoyos y cómo asimismo los cubrían, observaron que desistían de su empeño. Por aquella noche al menos. A la siguiente volverían sin duda a las andadas.

—Ya se van —comentó Roger, y amarró fuerte la caja que contenía las joyas—.

Ahora debemos seguirles sin haber el menor ruido.

—No te preocupes, yo no te plantearé problemas — te prometió ella.

Fueron tras ellos tomando toda clase de precauciones, con el máximo sigilo posible. Los matorrales podían crujir y delatar su presencia.

Dejaron atrás el pozo y el cobertizo, y finalmente, luego de cruzar la carretera, empezaron a ascender la colina sobre la que se asentaba el sanatorio psiquiátrico. El abundante arbolado de la colina contribuía a ocultarles.

Roger y Loretta, sin embargo, seguían extremando las precauciones. Un error podía echarlo todo a rodar.

Pero cuando esperaban descubrir por qué lugar insólito se metían de nuevo en el sanatorio, surgió lo imprevisto.

Los tres se acercaron a la puerta principal, la abrieron y entraron. Así de fácil. Así de sencillo.

—¿Lo has visto...? —la muchacha se había quedado perpleja.

—No muy bien —reconoció Roger—. Es de noche y además hay niebla. De todos modos, está claro que no existe ninguna salida subterránea.

—Han debido conseguir una llave... ¡Vete a saber cómo!

—Sí, claro.
—Debemos ponerlo en conocimiento del doctor Freechman lo antes posible...
—Sin precipitarnos, sin demasiadas prisas —advirtió Roger—, No importa retrasarlo unas horas.
—¿No...?
—Antes de hacer lo que me has dicho, es conveniente que yo me asesore respecto a...
—¿A qué? —preguntó.
—Verás, lord Kerrington me telefoneó y me pidió que pasara por su mansión.
—Sí, ya lo sé.

—Una vez allí, tras presentarme a Sabina Arcand, me hizo saber que tres individuos llamados Reginald, Nicholas y Max abrieron la caja fuerte de su mansión y se llevaron las joyas de la familia; luego me comunicó que esos tres individuos, tres dementes, estaban recluidos en ese sanatorio... En fin, abreviando, que me entregó una carta de recomendación para el doctor Freechman, un buen amigo suyo, y me pidió que, sin más, subiera al coche y me viniera hacia aquí.
—¿Y bien? — preguntó Loretta.
—Creo que actué de un modo precipitado. Las cosas no deben hacerse así.
—¿Qué quieres decir?
—Hay algo más —manifestó Roger—: Yo conocía a uno de los tres enfermos que esta tarde fueron ahorcados en un árbol del jardín.
—Sí, ya me lo dijiste.
—Le conocí cuando estaba estudiando Medicina. Y con esto te quiero dar a entender... —se interrumpió.
Loretta había sacudido la cabeza.
—Supongo que interrumpiría los estudios —prosiguió diciendo Roger—. Pero de dejar de ser médico a convertirse en paciente, hay un trecho, digo yo.
—¡Oh!
—Hablaremos de todo esto mañana —concluyó Roger—; ahora es mejor que vayas a descansar. Toma la caja de las joyas, guárdala tú. Pero hasta que mañana vaya yo a buscarte, no debes fiarte de nadie. Ni del dueño del motel, ni del hombre bajo y gordo, ni de nadie. No abras la puerta a menos que sea yo quien llame.
—Me estás inquietando más de la cuenta —confesó Loretta.
—Ahora voy a ir a Woottland — le informó seguidamente—. Tengo mi coche en un garaje. Lo cogeré y me largaré a Londres.
—Y mañana, en cuanto regreses, pasarás a buscarme.
—Dalo por hecho —le prometió.
La muchacha no quiso hacerle preguntas. Tal vez porque comprendió que Roger Burggan no estaba en condiciones, de momento, de ser más explícito.

CAPITULO
IX

Roger Burggan había de ceñirse estrictamente a lo dicho. Por lo que, antes de las nueve de la mañana, estaba ya de regreso en el motel. Un par de minutos después llamaba a la puerta número diez.
Loretta le abrió.
—Pasa —le dijo.
—No, debo ir inmediatamente al sanatorio —le contestó él—. He venido para que sepas que ya estoy aquí, sólo para eso. Adiós.
—Un momento —le detuvo al ver que se largaba.
—No puedo detenerme. Urge que vaya al sanatorio.
—Te acompaño.
—Tú debes quedarte y cuidar de las joyas.
—Las joyas están bien guardadas, no te preocupes.
—Bueno, acompáñame. Pero sólo hasta la carretera.
No había mucha distancia desde el motel a la colina en cuya cumbre se alzaba la tapia del sanatorio y el edificio mismo, pero se trataba de ganar tiempo, y Roger decidió ir en coche.
La muchacha se colocó a su lado. Ya el coche en marcha, reparó en lo fuertes y enérgicas que eran las manos de él sobre el volante. Le preguntó:
—¿Qué has averiguado?
—Lo suficiente para saber que es preciso actuar con rapidez, sin dilaciones. Lo contrario puede tener consecuencias irreversibles.
—No me has contestado —observó ella.
—Te lo contaré así que pueda.
—¿No puedes ahora?
—Estamos llegando ya.
En efecto, el coche había recorrido ya el trozo de carretera que había entre el motel y la colina. Y ya Roger Burggan abría la portezuela y se apeaba.
—Espera, te sigo... —dijo la muchacha.
—Quédate — indicó él.
—No, te sigo — insistió ella.
—Pero entraré solo en el sanatorio, ¿de acuerdo? —y creyó que la había convencido. Subieron la colina, en medio de aquel abundante y hermoso arbolado. Subieron aprisa, porque Roger avanzaba a grandes zancadas, y porque la muchacha se empeñó en no quedarse atrás.
Ya arriba, junto a la puerta principal del sanatorio psiquiátrico, Roger instó a la muchacha a que retrocediera, a que se retirara unos cuantos metros.

—Debo entrar solo —le advirtió—. Y por favor, ahora vuelve al coche.
—Pero, ¿y tú? —preguntó ella, inquieta—. ¿Cuándo saldrás tú?
—No lo sé —y estiró de la cadena que hada tintinear la campanilla.
La muchacha había dado ya unos cuantos pasos atrás. No debía ser vista.
Sin embargo, así que el portero, con su guardapolvo de color caqui, franqueó la entrada y Roger se metió dentro aparentemente tan tranquilo, ella optó por hacer otro tanto. Si

había un peligro en todo aquello quería arrostrarlo con él.
—Un momento, que yo también estoy aquí —dijo Loretta antes de que la puerta se cerrara de nuevo, y se coló dentro.
Roger le lanzó una mirada que hubiera querido fulminarla. Pero comprendió por qué la muchacha había actuado de aquella manera, y como en realidad ya no era posible rectifi- car, la asió del brazo y se la llevó hacia delante.
El enfermero Morrow, tan gigantón como siempre, estaba allí cerca. Era como si les hubiera estado esperando.
—Buenos días — les saludó.
—¿Ya están en el jardín? —preguntó Roger, sin detenerse.
Se había referido, claro está, a Reginald, a Nicholas y a Max. Le urgía saber si se hallaban allí.
—Sí, acaban de salir a tomar el sol —contestó el enfermero Morrow.
—Poco sol hace hoy —objetó la periodista, pues el día, desde luego, no tenía nada de claro y soleado.
—En cuanto a usted —añadió el enfermero Morrow, dirigiéndose a Loretta—, el doctor Freechman desea verla.
Se separaron luego de dirigirse una mutua mirada. En la de Roger había cierta inquietud, pero a la vez decisión y fuerza. En la de la muchacha había una zozobra extraña, tal vez porque ni ella misma sabía lo que estaba temiendo.
Loretta se detuvo por un instante ante la puerta del pequeño pabellón adjunto. Sabía que allí estaba el despacho del director del centro, el fino y elegante doctor Freechman.
—La acompaño —dijo el enfermero Morrow.
Loretta siguió adelante, tras reparar en que Roger se adentraba en el edificio principal con naturalidad, como si no pasara absolutamente nada.
Ya en el despacho del doctor Freechman, la muchacha vio que éste, gentilmente, como siempre, se levantaba para saludarla.
—No la esperaba tan pronto.
—Espero no importunarle...
—Por descontado que no. Esta es su casa... en el buen sentido de la palabra. —Y se rió un poco de lo que había resultado un chiste de dudoso gusto.
—Es usted muy amable —sonrió ella de manera forzada.
—Va a tener que dejar de serlo —terció el pelirrojo doctor Welch, que se hallaba fumando junto a la ventana—. Bueno, vamos a tener que dejar de serlo dadas las cir- cunstancias.
—¿Qué circunstancias? — preguntó Loretta.
—Todo se ha complicado en exceso —dijo el doctor Freechman—. Espero que usted se dé cuenta. Ello nos evitará muchas explicaciones.

—Ha sucedido a pesar nuestro —repuso el doctor Welch.

En aquel momento se presentó el enfermero Morrow, quien, con anterioridad, había optado por no entrar en el despacho. Por lo visto había cambiado de parecer.

—El detective está ya en el jardín —les comunicó—. Parecía tener prisa por hallarse de nuevo junto a Reginald, Nicholas y Max.

Dicho esto, el enfermero se quedó quieto, inmóvil, como esperando instrucciones.

Unas instrucciones que no había de tardar en recibir.
—Tráele aquí ahora mismo.

*
*
*

Roger Burggan no se molestó en apoyarse en la tapia y en cruzar los brazos sobre el pecho. Ya no tenía por qué adoptar poses.

Se fue directamente hacia Reginald, Nicholas y Max. Los tres se hallaban a un lado del jardín.

Ya allí, consciente de la importancia de aquel nuevo encuentro, les dijo:

—Ya sé quiénes son ustedes... Usted es el doctor Freechman... Y usted el doctor Welch... Y usted el enfermero Morrow... Tomen esto —les tendió una llave—, por si a mí se me complican las cosas y ya no puedo ayudarles. Con esta llave podrán salir de aquí sin necesidad de que les franqueen el paso... No se apuren demasiado —añadió—; la policía está ya avisada y no tardará en llegar.

—Gracias a Dios —musitó el verdadero doctor Freechman—. Le creíamos un paciente... Le creíamos un loco más...

—¡Qué pesadilla! —exclamó el auténtico doctor Welch.

—Creía que de ésta no íbamos a salir —jadeó el verdadero y auténtico enfermero Morrow.

El otro enfermero, el gigantón, no era más que un impostor. No era ciertamente más que un farsante. Como impostores y farsantes eran los otros dos.

Pero fue el gigantón el que de pronto se presentó allí, en el jardín. Ahora ya no se esforzaba en ser amable y respetuoso.

—Señor Burggan, el doctor Freechman quiere verle en su despacho.

—Ahora mismo —contestó Roger.

CAPITULO
X

Apenas entró en el despacho del doctor Freechman y observó a los allí reunidos, Roger Burggan supo ya que las cosas se habían puesto muy feas.

—Yo soy Reginald —le dijo el que hasta entonces se había hecho pasar por el doctor Freechman.

—Y yo soy Nicholas —añadió el que se había hecho pasar por el doctor Welch.

—Entonces —repuso Roger dirigiéndose al gigantón— tú eres Max. Bueno, pues ya nos conocemos. —Y se dio el gusto de demostrar una serenidad capaz de desconcertar a cualquiera.

—Es inútil que pretendas dártelas de valiente —ironizó Reginald —. Te hemos descubierto y te espera un final que de agradable no va a tener nada.

—Me parece —comentó Roger— que se tergiversa el caso. Vosotros no me habéis descubierto a mí, sino yo a vosotros. No es lo misma

—De poco va a servirte haber comprendido la verdad —advirtió Reginald, sin perder su finura, su distinción—. De aquí no vas a salir vivo. No vais —pluralizó, mirando a Loretta—, porque ella va a acompañarte al otro mundo.

—Antes de prepararme para ese viaje que tan amablemente me ofreces —objetó Roger—, ¿por qué no me explicas bien cómo ha sucedido todo...?

—¿Acaso no te lo imaginas ya? —preguntó el pelirrojo Nicholas.

—Una cosa es imaginar y la otra saber —repuso Roger.

—Satisfaré tu curiosidad —manifestó Reginald— si antes me respondes a una pregunta.

—De acuerdo.

—¿Qué te ha hecho sospechar que no éramos quienes fingíamos ser? —le preguntó Reginald—. Hemos representado perfectamente nuestros respectivos papeles.

—No habéis estado mal —convino Roger.

—Es bien cierto —agregó Reginald— que cuando llegaste con la carta de recomendación de lord Kerrington, temí, por un momento, que todo estuviera perdido. Pero no, en seguida comprendí que no nos conocías a ninguno de nosotros, ni siquiera por fotografías. Como tampoco nos conocía la periodista que vino después, es decir, tú, Loretta. En consecuencia, decidimos seguir adelante como si nada hubiese cambiado.

—Pero dejar que me reuniera con los auténticos doctores

Freechman y Welch, y con el enfermero Morrow, significaba por vuestra parte arriesgarse en exceso...

—No —replicó Nicholas—, porque antes de autorizarte a tal cosa, les advertimos a ellos que si no se comportaban contigo como si realmente fueran Reginald, Nicholas y Max, les esperaba la más horrible y pavorosa de las muertes. Incluso les dijimos lo que debían responderte cuando tú les preguntaras... Y obedecieron, naturalmente. Sabían que hubiéramos cumplido la amenaza.

—Pues bien, respondiendo concretamente a la pregunta que has formulado —resumió Roger—, diré que han sido varios los factores que me han inducido a sospechar que no erais quienes decíais ser. En realidad, desde que llegué nada estaba claro. Ni siquiera las personas que iba conociendo fuera de aquí. Todas resultaban raras... Como ese hombre bajo y gordo aficionado a beber sangre. O como el tal Martín, que se hizo el harakiri

creyéndose un gran actor y sólo consiguió acabar con su propia vida. O como el dueño del motel, que quiso absurdamente ocultarme un hecho que mis propios ojos habían contemplado... Pero lo que me hizo sospechar la verdad, fue lo sucedido ayer tarde. Fueron ahorcados unos pacientes, pero yo conocía a uno de ellos... Y ése no era un paciente, era un doctor... Así que comprendí que aquí dentro sucedía algo anormal. Y sí
—reconoció Roger—, he estado en Londres buscando las fotografías de los verdaderos Reginald, Nicholas y Max. Y ahora ya está todo explicado.

Mientras Roger había ido expresándose así, la muchacha se le fue acercando. Había quedado pegada a él, comprendiendo perfectamente que todo aquello no tenía nada de juego de niños.

A continuación, con un placer que tenía mucho de paranoico, pues en realidad estaban orgullosos de su hazaña, aquellos tres sujetos refirieron al detective y a la muchacha cómo y por qué procedieron y actuaron del modo que lo habían hecho.

*

*

*

Desde que fueron internados en aquel sanatorio psiquiátrico, Reginald, Nicholas y Max no tuvieron otra pretensión que huir. Sabían que allí cerca, muy cerca, habían enterrado la caja que contenía las joyas que robaron en la mansión de lord Kerrington. Al ver que iban a ser detenidos, optaron por desprenderse del botín tan trabajosamente logrado.

La verdad es que, con el transcurso del tiempo, habían olvidado el lugar exacto donde enterraron la caja. De todos modos, estaban seguros de que era por allí, junto al pozo. Se trataba, pues, de escapar. El resto ya sería sencillo.

Con un ingenio que casi podía calificarse de endiablado, lograron, finalmente, recobrar la libertad. Pero no huyendo del lugar en que se hallaban, sino haciéndose los dueños y señores del sanatorio. Lo consiguieron, no sólo sometiendo al doctor Freechman y al doctor Welch y al enfermero Morrow, sino haciendo que les obedecieran el resto de los enfermeros y asimismo el portero y demás componentes del servicio.

Resultó más sencillo de lo que se pueda imaginar. El doctor Freechman y el doctor Welch tenían armas, dos pistolas, y apoderándose de ellas consiguieron qué nadie se atreviera a oponerse a sus deseos.

Y sus deseos fueron dejar libres a todos los pacientes que

parecían estar ya completamente restablecidos. A los que, en breve plazo, iban, quizá, a dárseles de alta.

Las órdenes que les dieron fueron bien concretas. Ellos se pondrían las batas blancas de los enfermeros y ocuparían sus puestos y se encargarían de la vigilancia de los verdaderos enfermeros y del par de doctores que no parecían avenirse dócilmente a que aquello fuera de tal modo. Y para que el actual estado de cosas no llamara la atención de nadie, ni despertara sospechas de ningún tipo, se encargó a los verdaderos enfermeros y a los dos doctores, que llamaran a sus respectivos domicilios. Deberían decir que se habían presentado mucho trabajo y que en varios días no podrían ir por sus casas.

Así, mientras tanto, Reginald, Nicholas y Max podrían buscar las joyas que tiempo atrás enterraron cerca de allí. Muy cerca.

Pero a la esposa de uno de los enfermeros, una tal Mary, no le gustó el tono nervioso

con que su marido le comunicó que no regresaría en varios días, y decidió ir a ver qué pasaba. Aquello no le había gustado.

Le gustó aún menos cuando alguien, mientras ella preguntaba en el motel, surgió a sus espaldas y le asestó una cuchillada que la atravesó de parte a parte.

Era el hombre bajo y gordo, que comprendió que se había extralimitado, y telefoneó al sanatorio psiquiátrico pidiendo ayuda, diciendo que, a menos de recibirla, pronto inter- vendría la policía y todos quedarían desenmascarados. De momento, dijo, con su pistola estaba haciéndose obedecer por el dueño del motel.

Recibió la ayuda solicitada. Por lo que, a partir de aquel momento, el motel tuvo otro dueño, el hombre alto y delgado, de mirada helada.

Y además tuvo unos inquilinos muy especiales cuya misión había de ser que en el bar restaurante y en la gasolinera, y en toda aquella zona, reinara la tranquilidad: Aunque de tranquilidad, nada; ya todos sabían que estaban en poder de una pandilla de dementes.

Los camareros del bar restaurante, como también el viejo dueño de la gasolinera, y todos cuantos trabajaban por allí, recibieron asimismo la orden de llamar por teléfono a sus familiares. Dijeron que se habían presentado muchos clientes, mucho público, y que se trataba de atenderles bien. No regresarían a sus hogares en unos cuantos días.

Y así las cosas, todo parecía ir bien. Por lo menos, de esta forma lo creyeron Reginald, Nicholas y Max.

Sin embargo, el hombre bajo y gordo no se conformó con quitar la sangre a esa tal Mary, esposa de uno de los enfermeros, ni se conformó con quitársela al verdadero dueño del motel, al que también terminó acuchillando. Necesitaba más sangre, más... Estaba convencido de que era un vampiro. ¡Siempre lo había sido!

Con la ayuda del hombre alto y delgado, ocultó los dos primeros cadáveres en el cobertizo, cubriéndolos de tierra. Más tarde, él solo ocultó allí el cuerpo de Sabina Arcand. Pues fue él quien la mató... En este caso concreto, porque recibió órdenes de hacerlo. Ella no debía ir al sanatorio a ver al doctor Freechman.

También había de enterrar, después, a Martín, a ese actor que se vanagloriaba de hacerse mejor que nadie el harakiri. Ese actor, no hace falta decirlo, era otro de los pacientes del sanatorio. Un paciente que, aparte de su profesión, a menudo divagaba, sin saber exactamente lo que decía ni por qué lo decía.

Ciertamente la situación se complicó en el sanatorio la mañana misma en que llegó Loretta. Por lo visto, dos de los cocineros, dos pobres viejos, se rebelaron, se pusieron a gritar. y fue entonces

cuando los falsos enfermeros amotinaron a los pacientes más peligrosos entregándoles botellas con alcohol que ellos mismos habían sacado de la enfermería. El resultado fue el previsto. Acabaron con los dos cocineros.

También, aquel mismo día, por la tarde, dos de los verdaderos enfermeros y un doctor, se negaron a obedecer y se pusieron a gritar, pidiendo ayuda. Debían haber oído que alguien había llegado del exterior y querían ser oídos.

El resultado fue análogo, o parecido al menos. Los falsos enfermeros se encargaron de exacerbar a los pacientes, conminándoles a que los que protestaban fueran ahorcados. Así sucedió.

Pero las joyas no aparecían por ninguna parte, y aquella situación se fue dilatando hasta hacerse realmente comprometida.

Y en fin, que el hombre alto y delgado que se hacía pasar por el dueño del motel, acababa de telefonearles. Les había hecho saber que Roger Burggan debía sospechar algo. Había salido en su coche, la noche antes. En aquellos precisos momentos le había visto regresar.

* * *

—He estado en Scotland Yard —repuso Roger, ya no tenía por qué ocultarlo—. He ojeado ciertos archivos, ciertas fotografías. Me interesaba enormemente conocer los rostros de los delincuentes Reginald, Nicholas y Max... Y sí, lo que ya me esperaba. Reginald es un hombre fino y elegante. Nicholas, un pelirrojo. Y Max un hombre de desmesurada estatura...

—Si lo has averiguado, ¿por qué has vuelto? —preguntó Reginald—. No lo entiendo. Tú mismo te has metido en la boca del lobo.

—Necesitaba ver al doctor Freechman, al doctor Welch y al enfermero Morrow. No podía dejar de decirles que todo volverá muy pronto a la normalidad.

—No te hagas ilusiones —se rió Reginald—; aquí seguimos mandando nosotros. En consecuencia, vuestro final ha llegado. —Y miró alternativamente a la pareja.

La muchacha, muy nerviosa, se pegó más a Roger. Quería que le transmitiera parte de esa serenidad que daba la sensación de conservar.

—Si nos matáis —advirtió Roger, imperturbable— nunca recuperaréis las joyas de lord Kerrington. Vosotros habéis estado haciendo hoyos, habéis estado buscándolas infructuosamente... Pero nosotros, Loretta y yo, las hemos encontrado y las tenemos a buen recaudo.

—¿Que vosotros habéis encontrado las joyas...? —barbotó Nicholas.

—¿Dónde, dónde estaban...? — inquirió Max.

—No os lo creáis, está mintiendo —dijo Reginald—. Lo dice para que respetemos sus vidas.

—Ayer noche encontramos las joyas, en el cobertizo —reveló Roger.

—En el cobertizo —musitó Nicholas—. Sí, sí, creo que fue en el cobertizo donde las escondimos... Debe ser verdad lo que dice.

—Sigo sin creérmelo — manifestó Reginald.

—¿Te lo creerás si te digo que estaban metidas en una caja de latón, envueltas en un paño de gamuza?

Los tres se miraron. El detective acababa de demostrarles que no había hablado por el mero hecho de hacerlo.

—¡Vas a decimos en seguida dónde las tienes! —conminó Nicholas, excitadísimo.
—Calma, calma —le aconsejó el gigantón Max— Precipitarse no es buena cosa.
—Pero quizá no contemos con mucho tiempo —sugirió Reginald—. Si han venido aquí sabiendo quiénes éramos, lo lógico es suponer que hayan avisado a la policía...
Volvieron a mirarse. En esta ocasión como si se sintieran un tanto acorralados, algo perdidos.

Sin embargo, Reginald reaccionó pronto. Y lo hizo diciendo:
—Espero que te avengas a decirnos a las buenas dónde están ahora las joyas. De no ser así, da por hecho que te sacaremos la confesión a la fuerza.
—Estoy dispuesto a decíroslo —Roger se estaba limitando a dar largas al asunto; sabía que la policía iba a llegar de un momento a otro—. Pero a una condición...
—No estás en situación de imponernos condiciones. Deberías saberlo.
—Sólo Loretta y yo, personalmente, podemos llevaros al lugar donde ahora están escondidas. En realidad, os basta con que uno de nosotros os guíe. Y mi condición es la siguiente: dejadla libre a ella, y yo os llevaré hasta vuestro tesoro.
—Y mientras nosotros recuperamos el tesoro —observó Reginald —, ella avisará a la policía, si es que aún no está avisada.
Roger no tuvo necesidad de responder nada. Max, en aquel momento estaba cerca de la ventana, indicó:
—Vienen Tom y Otto. Debe pasar algo.
Roger y Loretta se preguntaron quiénes serían los sujetos mencionados. Pronto lo supieron.
Se trataba del hombre alto y delgado que había ocupado el puesto de dueño del motel, y del hombre bajo y gordo que parecía haberse quedado con las ganas de invitar a la muchacha a un vaso de sangre.
Ya ambos en el despacho, hablaron con precipitación:
—Hemos venido a ver si todo sigue marchando bien.
—Estábamos inquietos...
—Todo acabará perfectamente —les prometió Reginald—, No hay por qué perder la serenidad. Los triunfos están en nuestras manos.

CAPITULO XI

Roger Burggan no consideraba que los triunfos estuvieran en manos de ellos, porque llevaba una pistola automática y porque, de un momento a otro, iba a empuñarla. Y por descontado, dispararía todo lo que hiciera falta.

Pero era en otra parte, no en el despacho del director del centro, donde los auténticos doctores Freechman y Welch, así como el enfermero Morrow, acababan de llegar a la conclusión de que debían hacer algo.

Habían conseguido salir del jardín sin ser vistos, por lo que en cierto modo habían ya recobrado la libertad. Pero se habían dejado llevar por ciertas voces, se habían acercado al pabellón adjunto, y no habían tardado en darse cuenta de que Roger y Loretta corrían un grave riesgo.

—Van a matarles...

—A los dos.

—¿Qué podemos hacer para evitarlo?

Vacilaban. Se mostraban indecisos.

—No podemos dejarles en la estacada.

—Claro que no.

—Debemos actuar de un modo u otro.

Se les ocurrió abrir la puerta de cualquiera de aquellas salas de enfermos y decir a éstos que ya estaban dados de alta, que podían irse ya. Antes, claro, deberían pasar por el despacho del director para despedirse.

Daban por descontado que tal circunstancia provocaría un terrible desconcierto y una enorme confusión y que ello, sin dudarlo, beneficiaría a la joven pareja.

Se apresuraron a hacer lo que se les había ocurrido. ¿Por qué no? Lo importante era que Loretta y Roger salieran de aquel atolladero.

Los pacientes abandonaron la sala atropelladamente. Como si no terminaran de creerse que aquello pudiera ser cierto. Ansiosos por estar de una vez lejos de aquellas opresoras paredes.

—Tenéis que despediros del director —les había dicho el doctor Freechman, convencido de que ninguno de ellos caería en la cuenta

de que el director era él.

—Es por aquí... —se dispuso a acompañarles el doctor Welch.

No fueron reconocidos. No llevaban batas blancas. No eran, pues, ni enfermeros ni doctores del centro. Los enfermeros y los doctores siempre llevaban batas blancas.

Ya en el pabellón adjunto, subieron rápidamente la escalera e irrumpieron de pronto en el despacho donde se hallaban Roger y Loretta en plan de víctimas propiciatorias. Y Reginald, Nicholas y Max en plan de verdugos.

También estaban allí Tom y Otto, es decir, el hombre alto y delgado y el hombre bajo y gordo. Y fue este último quien, de súbito, sin necesidad de hacer ni de decir nada, provocó el miedo, el espanto, entre los enfermos que acababan de ser dados de alta.

—Es Otto, es el vampiro —dijo uno de ellos—. Debe estar aquí para chuparnos la sangre...

—Hemos de defendernos —repuso otro de ellos.

—¡Busquemos una estaca y atravesémosle el corazón! —exclamó un tercero—. De lo contrario no acabaremos nunca con él.

Reginald, Nicholas y Max quisieron restablecer el orden. Aquella avalancha podía volverse en contra de ellos.

Pero no, pensaron que no debían temer nada. Serían reconocidos y todo iría bien, perfectamente.

Sin embargo, no contaban con un factor básico, primordial. Llevaban puestas las batas blancas.

—Ese es el doctor Freechman —uno de aquellos enfermos mentales miraba desquiciadamente a Reginald—. Es el que manda que nos den corrientes y baños de agua fría...

—Y ese otro es el doctor Welch —dijo otro de los enfermos, señalando a Nicholas.

—Y ése es el enfermero Morrow —añadió otro de los recién llegados.

—Estáis equivocados —aseguró Reginald, alzando la voz para ser oído—. Yo soy como vosotros, uno más...

—No debemos hacerles daño —sugirió una voz, pero a esa voz apenas se la oyó—.

Estamos dados de alta.

—¡Matémosles, por si acaso! —exclamó el enfermo mental que parecía más exaltado, más exacerbado—. ¡Matémosles a los tres!

Roger y Loretta habían ido retrocediendo poco a poco. Parecía que el conflicto no fuera con ellos. Aprovecharon la ocasión, pues, para alejarse lo máximo posible.

Y a partir de ese momento, había de llegar la ejecución de aquellas cinco personas que, sin remisión, acababan de ser condenadas a morir.

El primero en ser sacrificado por aquellas mentes enajenadas, fuera de sí, fue el hombre bajo y gordo.

Quiso rebelarse contra quienes se abalanzaban sobre él sujetándole de pies y manos. Se puso a gritar desaforadamente como si, de esta forma, esperara que alguien llegara en su ayuda.

No llegó nadie, y los ojos se le desorbitaron, le salieron de sus cuencas hasta casi quedar colgando, al ver que ponían una estaca sobre su corazón. Un mazo, al mismo tiempo, se alzaba en el aire.

Soltó un espantoso alarido. Instantes después, la estaca había partido en dos su corazón, mientras un chorro de sangre, a altísima presión, salpicaba a todos aquellos que se hallaban a su alrededor.

Luego le tocó el tumo al hombre alto y delgado, que queriendo escapar de aquel incontenible arrebato demencial, se desesperó, se desquició y se lanzó por la ventana a través de los cristales.

En la caída se fracturó las dos piernas y se rompió la espina dorsal. Pero sólo había de morir cuando varios de sus verdugos

bajaron en su busca y le patearon furiosamente, rabiosamente, con todas sus fuerzas, hasta que vieron que ya no se movía.

En cuanto a Reginald, Nicholas y Max, el espanto, el terror se adueñó de ellos al ver lo que se les avecinaba. Sin embargo, nada podían hacer ya. Estaba claro que no iban a salir indemnes de aquella avalancha humana, descompuesta, descontrolada y total y absolutamente desquiciada.

Intentaron, no obstante, lo ya humanamente imposible. El gigantón Max, sobre todo, quiso defenderse. ¿Acaso su fortaleza física no era de excepción?

Pero les cayeron encima todos aquellos seres perturbados, que realmente no sabían lo que hacían, y que se hallaban inmersos en un torbellino de alucinantes ideas, de enajenadas suposiciones, de irrazonados y exacerbados temores. Y les cayeron encima tras haberse agachado y cogido trozos de los cristales de la ventana que, poco antes, cuando el hombre alto y delgado se arrojó por ella, habían quedado esparcidos por el suelo.

Eligieron los trozos más puntiagudos, más cortantes, más hirientes. Aquellos cristales iban a resultar sumamente efectivos, drásticamente eficaces. No cabía verdaderamente esperar otra cosa.

—Deteneos... ¡deteneos! —Reginald quiso, en última instancia, esperar lo que hubiera sido ya un milagro.

No se detuvieron y empezó la carnicería. Porque fue toda una carnicería lo que llegó a continuación. Crueles, sanguinarios, o quizá simplemente locos, aquellos seres encontraron un jocoso y a la vez escalofriante placer en lanzarse contra los tres y en asentarles golpes, arriba y abajo, por delante y por detrás, en un lugar y en otro, una y cien veces, hasta convertir sus cuerpos en tres amasijos sanguinolentos.

Tres cuerpos que, ya sin vida, siguieron recibiendo más y más hirientes golpes. Pero ¿qué podía esperarse de unos seres que ni siquiera se daban cuenta de que sus propias manos chorreaban sangre?

Cuando acabaron con ellos, los locos se volvieron hacia Roger y Loretta.

A juzgar por la furia incontrolada e iracunda que expresaban sus rostros, y a juzgar asimismo por el hecho de que sus manos aún sostenían sus puntiagudos y cortantes cristales, no cabía verdaderamente esperar nada bueno.

Por lo que Roger llevó la diestra hacia su automática, velozmente. Aunque sabía que, dado el frenesí y la exaltación de aquellos dementes, las balas del cargador iban sin duda a resultar insuficientes. Aun así, intentaría abrirse paso y escapar con Loretta escaleras abajo.

Pero oyó la sirena característica de un coche patrulla y Roger supo que, afortunadamente, la policía estaba ya allí. Por lo demás, tras echar una rápida mirada por la ventana, vio cómo el doctor Freechman y el doctor Welch y el enfermero Morrow se dirigían hacia la puerta del exterior y la abrían. La policía estaba entrando ya.

«Ahora sólo se trata de contenerles —pensó Roger—, Con eso bastará. Dentro de medio minuto estarán aquí.»

Tuvo que disparar, pues un loco se le venía encima. Siempre daba donde apuntaba, y por eso simplemente le atravesó un muslo. Pero resultó más que suficiente para detener su amenazador avance.

Roger había disparado con la diestra, mientras con el brazo izquierdo abrazaba a Loretta, apretándola contra sí. La veía lo suficientemente asustada como para no poder olvidarse de ella.

Volvió a disparar. Otro demente, esgrimiendo su correspondiente cristal, quería llegar hasta ellos.

Este dio un doloroso quejido y se llevó las dos manos al hombro herido. Quedó

asimismo detenido.
Roger tuvo aún que disparar cuatro veces más. Aquellos enfermos mentales eran ciertamente unos adversarios muy peligrosos.
Pero llegó la policía. Antes incluso del medio minuto supuesto.

CAPITULO XII

El director del periódico *News of the Day* le había dicho a Loretta que le subiría el sueldo así que escribiera unos buenos artículos.

Y la muchacha los había escrito. No buenos, magníficos, sensacionales. Estaba orgullosa de su trabajo.

Pero el aumento de sueldo no llegó y la muchacha terminó entrando en el despacho de su jefe, protestando de aquella omisión que no podía imaginar que fuera involuntaria.

—Más adelante, cuando vuelva a hacerme otro buen trabajo —quiso el hombre, sin más, quitarse de encima el compromiso contraído.

—¡Ah, no! —protestó Loretta—. Usted me dijo...

El director del periódico siguió negándose a sus requerimientos, lo que a la muchacha no tenía por qué sorprenderle demasiado, pues era ya famoso por su tacañería.

En eso, de pronto, se abrió la puerta del despacho. Entró Roger Burggan. Sin haber llamado, sin pedir permiso. Desde fuera se oía suficientemente fuerte la discusión como para que creyera preciso atenerse a ciertos formulismos.

—No hace falta que te suba el sueldo —dijo Roger.

La muchacha se había quedado parada al verle entrar.

—No hace falta que te suba el sueldo —repitió el detective— porque no vas a seguir trabajando a sus órdenes.

—¿Ah, no...? —se sorprendió Loretta.

—No —negó rotundo—. Por lo demás —añadió—, tú ahora te vienes conmigo. Te han invitado a una fiesta.

—¿A mí...? — se sorprendió aún más la muchacha.

—Lord Kerrington ha organizado un baile para celebrar la recuperación de las joyas. Por cierto, su esposa, sabiendo que voy a casarme, me ha dicho que quiere conocerte y que quiere regalarte una de esas joyas... Un bonito detalle, ¿no crees?

La muchacha se echó en brazos de Roger, entusiasmada, contentísima, sin acordarse ya para nada del director del *News of the Day.*

—¡Has dicho que quieres casarte conmigo! —exclamó. La respuesta de Roger Burggan fue:

—Naturalmente.

F I N



BRUGUERA

90pts.

AÑA

PAÑA